

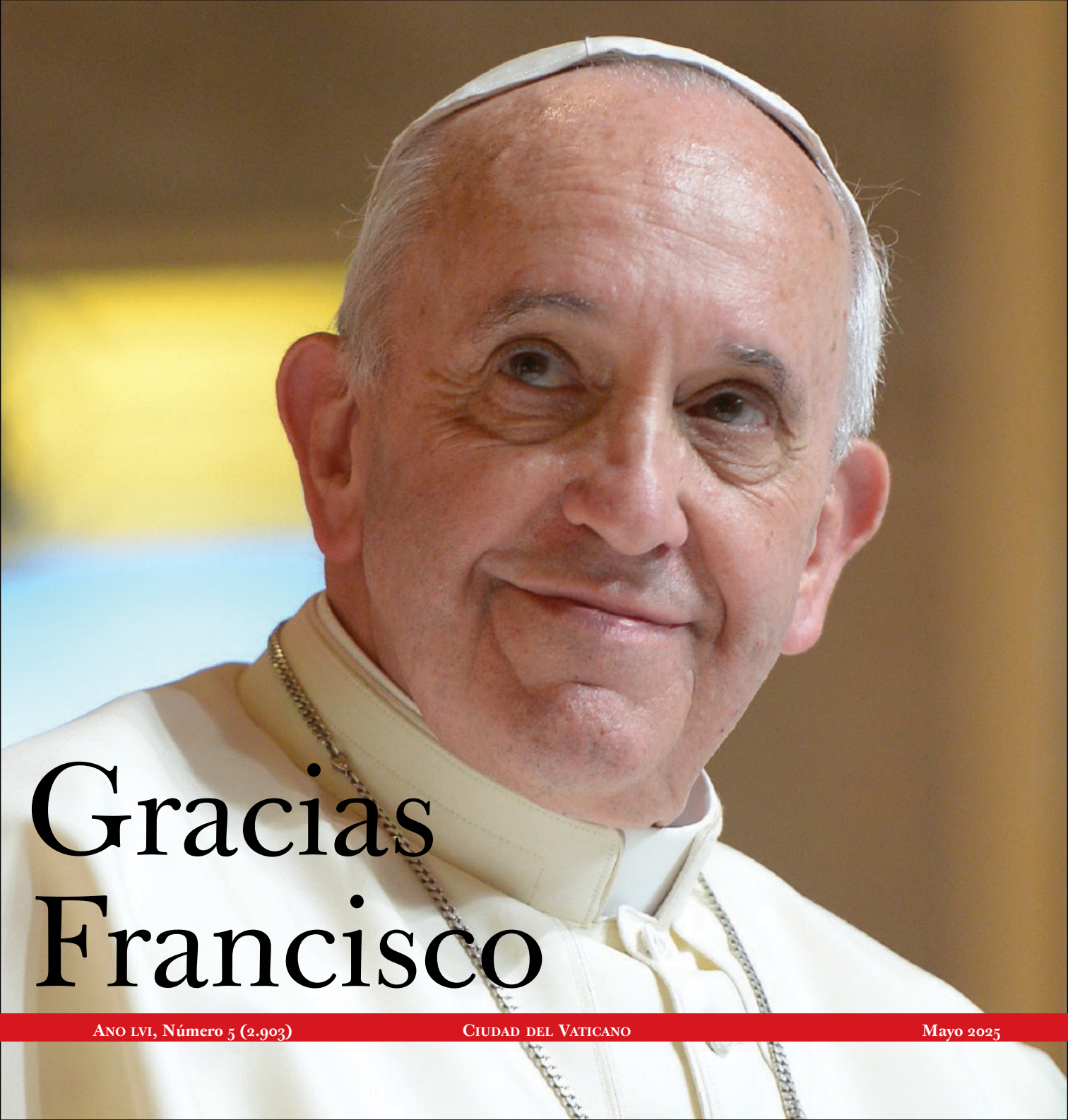
Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

A close-up portrait of Pope Francis, smiling slightly, wearing his white papal attire and zucchetto. The background is a soft, out-of-focus yellow and blue.

Gracias Francisco



Sumario

EDITORIAL

Todos

PAOLO RUFFINI en página 3

El Papa de la Misericordia

ANDREA TORNIELLI en páginas 4-5

EL FINAL DE UN PONTIFICADO

«Todos, todos, todos» para un abrazo

SALVATORE CERNUZIO páginas 9-12

El primado de la misericordia

y de la alegría del Evangelio en páginas 13-17

El último viaje del Papa Francisco:

del fin del mundo al corazón de Roma

SILVINA PÉREZ en páginas 18-20

El último adiós del cartonero a su amigo el Papa

ROCÍO LANCHO GARCÍA en páginas 21-22

“Caminaremos por las sendas y las huellas que él

nos dejó” Lorena Pacho en páginas 23-24

EL RECUERDO DE LOS CARDENALES

El recuerdo del cardenal Cobo.

sobre el Papa en página 26

El Papa al cardenal

RODRÍGUEZ MARADIAGA en página 27

EL MAGISTERIO DE FRANCISCO

Francisco, promotor de una justicia penal humana

ROBERTO CARLÉS páginas 29-30

Adiós al amigo

MARCELO FIGUEROA página 34

Buenos Aires despidió a Francisco

SILVINA ORANGES en páginas 35

El íter de un Pontificado

ARTURO LÓPEZ en páginas 36-37

Diez años de Laudato si’ (2015-2025)

MAURIZIO GRONCHI en páginas 43-44



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición

en lengua española

Director editorial

ANDREA TORNIELLI

Director

ANDREA MONDA

Encargada de edición

SILVINA PÉREZ

Edición

ROCÍO LANCHO GARCÍA

ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ

LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano

redazione.spagnola.or@spc.va

www.osservatoreromano.va

Servicio fotográfico

teléfono +39 06 698 45851/45852

e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va

www.photo.vaticanmedia.va

Suscripción anual: 40 €

Departamento de suscripciones

(de 9:00 a 14:00)

Teléfono: 06 698 45450/45451/45454

e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

Todos

PAOLO RUFFINI

Todos. Estaban realmente todos en la Plaza de San Pedro, este domingo 26 de abril. Tan llena de gente que no cabía nadie más. Y luego en *Via della Conciliazione*, en las calles de alrededor, y de camino a *Santa Maria Maggiore*. Estaban todos, todos, todos. Como tantas veces repitió el Papa Francisco desde la Jornada Mundial de la Juventud hasta su despedida final el día de la Resurrección del Señor: «Felices Pascuas a todos».

Estaban los ancianos y los niños, incluso de pocos meses, traídos por sus padres para ser testigos con sus jovencísimas vidas de un momento especial. Y estaban (no mucho más grandes al fin y al cabo) los adolescentes, muchos, muchísimos; como llamados por una dirección que les trasciende a ellos y a nosotros para tomar el testigo de la fe de un Papa que sabía hablar su idioma, y retarles a creer, a esperar, a soñar, a demostrar que es posible vivir en paz, y construir paso a paso un mundo mejor. Vieron con sus propios ojos que la esperanza, que les trajo aquí para su Jubileo, trasciende la muerte. Había sacerdotes, muchos, concelebrando. Obispos, cardenales, laicos bautizados. Confirmándose mutuamente en la fe. Estaban los poderosos de la tierra, los ricos y los pobres saludando a Francisco y pensando en cómo será el futuro. También estaban los no creyentes, o los creyentes de otras religiones. Amigos y también enemigos. Todos escuchando las palabras de Pedro: "Me doy cuenta de que Dios no hace acepción de personas, sino que acoge a los que le temen y practican la justicia, pertenezcan a la nación que pertenezcan. Ésta es la palabra que envió a los hijos de Israel anunciando la paz por medio de Jesucristo: éste es el Señor de todos".

Todos recordando, con la homilía del cardenal Re, las palabras de Francisco sobre la paz, sobre la guerra que siempre es una derrota, y sobre la fraternidad que tantas veces negamos; sobre la necesidad de comprender que nadie se salva solo, y sobre la Iglesia como hospital de campaña, como hogar de puertas abiertas. Para todos. Y todo el mundo estaba allí, todo el mundo estaba realmente allí hoy. Como cuando la misma Plaza de San Pedro se llenó con la sola presencia del Papa Francisco, durante el Covid, estaba realmente todo el mundo ente-



ro conectado a través de todos los instrumentos de comunicación. Y bajo un cielo sin nubes, también se reveló de forma misteriosa el sencillo secreto de la comunión que une a toda la humanidad, al pueblo de Dios, unido en un único abrazo. Posible. Verdadero. Bajo la mirada de todos. Como en una tregua para un día especial. De celebración. Un día donde los misterios del Rosario son los gloriosos. Que convierte la tristeza en canción. Y celebra la muerte y la vida juntas. La muerte y la resurrección.

Lo que también significó el aplauso espontáneo ante el féretro, levantado como en una despedida mutua: un hasta la vista más que una despedida. Y un compromiso.

Que nos concierne a todos. A nadie excluido.

El Papa de la Misericordia

ANDREA TORNIELLI

«La misericordia de Dios es nuestra liberación y nuestra felicidad. Vivimos de la misericordia y no podemos permitirnos estar sin misericordia: es el aire que respiramos. Somos demasiado pobres para poner condiciones, necesitamos perdonar, porque necesitamos ser perdonados». Si hay un mensaje que más que ningún otro caracterizó el pontificado del Papa Francisco y está destinado a permanecer, es el de la misericordia. El Papa nos ha dejado repentinamente esta mañana, después de haber dado su última bendición *Urbi et Orbi* el día de Pascua desde la el balcón central de la Basílica de San Pedro, y tras haber dado su última vuelta entre la multitud, para bendecir y despedirse. Son tantos los temas abordados por el primer pontífice argentino de la historia de la Iglesia, en particular la preocupación por los pobres, la fraternidad, el cuidado de la Casa Común, el “no” firme e incondicional a la guerra. Pero el corazón de su mensaje, el que sin duda causó más impresión, fue la llamada evangélica a la misericordia. A esa cercanía y ternura de Dios hacia los necesitados de su ayuda. La misericordia como «el aire que hay que respirar», eso es lo que más necesitamos, sin la cual sería imposible vivir.

Todo el pontificado de Jorge Mario Bergoglio se vivió bajo el signo de este mensaje, que es el corazón del cristianismo. Desde el primer Ángelus, rezado el 17 de marzo de 2013 desde la ventana del apartamento pontificio que nunca habitará, Francisco habló de la centralidad de la misericordia, recordando las palabras que le dirigió una anciana que fue a confesarse con él cuando era desde hace poco obispo auxiliar de Buenos Aires: «El Señor lo perdona todo... Si el Señor no lo perdonara todo, el mundo no existiría».



El Papa que vino «del fin del mundo» no modificó las enseñanzas de la tradición cristiana bimilenaria, pero al volver a poner la misericordia de un modo renovado en el centro de su magisterio, cambió la percepción que tantos tenían de la Iglesia. Dio testimonio del rostro materno de una Iglesia que se inclina hacia los heridos y, en particular, hacia los heridos por el pecado. Una Iglesia que da el primer paso hacia el pecador, como hizo Jesús en Jericó, invitándose a sí mismo a la casa del impresentable y odiado Zaqueo, sin pedirle nada, sin condiciones previas. Y fue porque se sintió mirado y amado así por primera vez que Zaqueo se reconoció pecador, encontrando en aquella mirada del Nazareno el impulso para convertirse. Tantas personas, hace dos mil años, se escandalizaron cuando vieron al Maestro entrar en la misma casa del publicano de Jericó. Tanta gente se escandalizó en los últimos años por los gestos de acogida y cercanía del Pontífice argentino hacia to-



A lo largo de los años de su pontificado, el 266º sucesor de Pedro mostró el rostro de una Iglesia cercana, capaz de dar testimonio de ternura y compasión, acogiendo y abrazando a todos, aun a costa de asumir riesgos y sin preocuparse por las reacciones de los puritanos

das las categorías de personas, especialmente los «impresentables» y los pecadores. En su primera homilía en una misa con el pueblo, en la iglesia de Santa Ana en el Vaticano, Francisco dijo: «¡Cuántos de nosotros merecemos tal vez la condena! Y también sería justo. Pero Él perdona. ¿Cómo? Con la misericordia, que no borra el pecado: solo el perdón de Dios lo borra, mientras que la misericordia va más allá. Es como el cielo: miramos al cielo, tantas estrellas, pero cuando sale el sol por la mañana, con tanta luz, no se ven las estrellas. Así es la misericordia de Dios: una gran luz de amor, de ternura, porque Dios perdona no con un decreto, sino con una caricia». A lo largo de los años de su pontificado, el 266º sucesor de Pedro mostró el rostro de una Iglesia cercana, capaz de dar testimonio de ternura y compasión, acogiendo y abrazando a todos, aun a costa de asumir riesgos y sin preocuparse por las reacciones de los puritanos. «Prefiero una Iglesia accidentada, he-

rida y manchada por salir a la calle», había escrito Francisco en *Evangelii gaudium*, la hoja de ruta de su pontificado, «antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades». Una Iglesia que no confía en las habilidades humanas, en el protagonismo de influencers autorreferenciales, y en las estrategias del marketing religioso, sino que se hace transparente para dar a conocer el rostro misericordioso de Aquel que la fundó y la ha hecho vivir, a pesar de todo, durante dos mil años.

Es ese rostro y ese abrazo lo que tantos han reconocido en el viejo Obispo de Roma venido desde Argentina, que comenzó su pontificado yendo a rezar por los migrantes muertos en el mar de Lampedusa, y lo terminó inmovilizado en una silla de ruedas, dedicando hasta el último momento a testimoniar al mundo el abrazo misericordioso de un Dios cercano y fiel en el amor a todas sus criaturas.

Lunes 21 de abril a las 7:35

El Señor ha llamado a Sí AL SANTO PADRE FRANCISCO ✝

El Papa Francisco ha partido a la Casa del Padre



El anuncio del cardenal Kevin Joseph Farrell, Camarlengo de la Santa Romana Iglesia desde la Casa Santa Marta: «A las 7:35 de esta mañana, el Obispo de Roma, Francisco, regresó a la casa del Padre. Dedicó toda su vida al servicio del Señor y de la Iglesia».

El lunes 21 de abril por la mañana, el cardenal Kevin Joseph Farrell, Camarlengo de la Santa Romana Iglesia, anunció con tristeza el fallecimiento del Papa Francisco, con estas palabras: «Queridos hermanos y hermanas, con profundo dolor debo anunciar el fallecimiento de nuestro

Santo Padre Francisco. A las 7:35 de esta mañana, el Obispo de Roma, Francisco, regresó a la casa del Padre.

Toda su vida estuvo dedicada al servicio del Señor y de Su Iglesia. Nos enseñó a vivir los valores del Evangelio con fidelidad, valentía y amor universal, especialmente en favor de los más pobres y marginados.

Con inmensa gratitud por su ejemplo de verdadero discípulo del Señor Jesús, encomendamos el alma del Papa Francisco al infinito amor misericordioso del Dios Uno y Trino».

Miserando atque Eligendo



En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

Sintiendo que se acerca el ocaso de mi vida terrenal y con viva esperanza en la Vida Eterna, deseo expresar mi voluntad testamentaria únicamente en lo que se refiere al lugar de mi sepultura.

Siempre he confiado mi vida y mi ministerio sacerdotal y episcopal a la Madre de Nuestro Señor, María Santísima. Por eso, pido que mis restos mortales descansen esperando el día de la resurrección en la Basílica Papal de Santa María la Mayor.

Deseo que mi último viaje terrenal concluya precisamente en este antiquísimo santuario mariano, al que acudía para rezar al comienzo y al final de cada viaje apostólico, para encomendar con confianza mis intenciones a la Madre Inmaculada y darle las gracias por su docil y maternal cuidado.

Pido que mi tumba sea preparada en el nicho de la nave lateral entre la Capilla Paulina (Capilla de la Salus Populi Romani) y la Capilla Sforza de la citada Basílica Papal, como se indica en el anexo adjunto.

El sepulcro debe estar en la tierra; sencillo, sin decoraciones especiales y con la única inscripción: Franciscus.

Los gastos para la preparación de mi sepultura serán sufragados con la donación del benefactor que he elegido, suma que será transferida a la Basílica Papal de Santa María la Mayor, y para lo cual he dado las instrucciones oportunas a Mons. Rolandas Makrickas, Comisario Extraordinario del Capítulo Liberiano.

Que el Señor dé la merecida recompensa a quienes me han querido y seguirán rezando por mí. El sufrimiento que se ha hecho presente en la última parte de mi vida lo ofrecí al Señor por la paz en el mundo y la fraternidad entre los pueblos.

Santa Marta, 29 de junio de 2022

FRANCISCO

EL FINAL DE UN PONTIFICADO



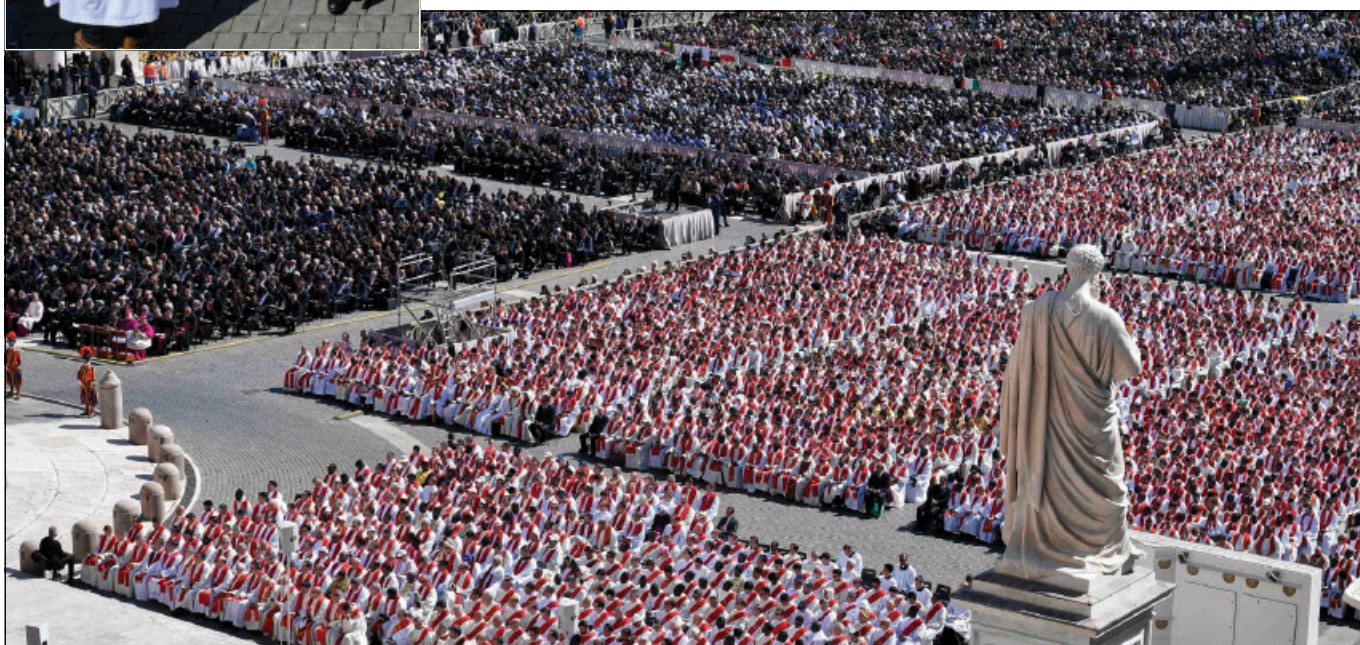


La celebración del funeral en el atrio de la basílica de San Pedro

«Todos, todos, todos» para un abrazo al Papa de todos

SALVATORE CERNUZIO

Con los que eran más cercanos bromeaba sobre el hecho de haber dicho a Dios que estaba dispuesto a llegar «también a cien años», pero después añadía que no podía esperar para ver a Cristo y la Virgen, la madre, y que en este día del desapego de la vida terrena hubiera querido una “fiesta”. Y ha sido una fiesta, impregnada total solemnidad, la misa exequial del Papa Francisco celebrada la mañana del 26 de abril, en la plaza de San Pedro con más de 250 mil personas. Y venidas de todas las partes del mundo, entre religiosos, religiosas, embajadores, representantes del judaísmo e islam, familias, pobres, migrantes, jóvenes y niños, jefes de Estado y del Gobierno (entre ellos también los presidentes de Estados Unidos de América y Ucrania, Donald Trump y Volodymyr Zelensky, que se reunieron entre ellos y después con Emmanuel Macron y Keir Star-





*Y también entre
las imágenes estuvo
el sol que nacía detrás
del obelisco y que iluminaba
el féretro apoyado en
la pequeña plataforma
en el corazón de la plaza,
con el Evangelio encima,
cuyas páginas se movían
por el viento como sucedió
en el funeral de su
predecesor, Juan Pablo II,
hace veinte años*



mer). «Todos, todos, todos» venidos para dar el último saludo a un Papa que siempre estuvo «en medio de la gente» y «con el corazón abierto a todos», como dijo el cardenal Giovanni Battista Re, decano del Colegio cardenalicio, en la homilía de la misa concelebrada por casi mil entre cardenales, obispos y sacerdotes.

De esta fiesta permanecerán las imágenes, como las muchas que han llenado este pontificado. En primer lugar, las manos apoyadas en el féretro por los miembros de la que hasta ahora ha sido su “familia”: los secretarios argentinos don Daniel Pellizzon y don Juan Cruz Villalón, casi dos “hijos” conocidos desde que eran jóvenes en Buenos Aires, y el fiel secretario italiano, el diplomático don Fabio Salerno; después los ayudantes de cámara Piergiorgio Zanetti y Daniele Cherubini y, finalmente, Massimiliano Strappetti, el asistente sanitario personal, a su lado en todo el difícil tiempo de la enfermedad hasta el último aliento, que dio un beso al féretro antes de salir hacia el atrio. Y también entre las imágenes estuvo el sol que





nacía detrás del obelisco y que iluminaba el féretro apoyado en la pequeña plataforma en el corazón de la plaza, con el Evangelio encima, cuyas páginas se movían por el viento como sucedió en el funeral de su predecesor, Juan Pablo II, hace veinte años. Más imágenes como las lágrimas de la gente y de los familiares directos; la larga fila que desde San Pedro llegó hasta Castel Sant'Angelo, donde muchos durmieron la noche anterior; la bandera con las palabras: Adiós padre, maestro y poeta.

Permanecen los colores: la púrpura de los cardenales, las mitras doradas de los patriarcas de las Iglesias orientales, los velos negros de las consortes de los soberanos y diplomáticos, el tocado de plumas blanco y rojo de los indígenas de Canadá.

Permanecen los sonidos: el llanto de un recién nacido en las primeras filas de la delegación argentina, el graznido de las gaviotas mezclado con el zumbido de los drones, el *Requiem* de la "Schola Cantorum" y el *Ora pro eo* cantado por la multitud en respuesta a las letanías en latín; el "¡Viva el Papa!", gritado suavemente por un hombre desde las primeras filas.

Pero permanecen sobre todo los aplausos. Muchos aplausos, que partieron desde el fondo de la multitud y llegaron como un oleaje hasta el altar, cuando el féretro salió de la Basílica de San Pedro a las 10.08, llevado sobre los hombros sedentarios pontificios en una procesión silenciosa. Aplausos que interrumpieron algunos pasajes de la homilía del cardinal Re.

Esos en los que el decano recordó el deseo de Jorge Mario Bergoglio de una Iglesia que fuera «casa abierta a todos», su primer viaje a Lampedusa para dar alivio en medio de una de las más tremendas



tragedias migratorias, su llamamiento a deberes y responsabilidades con la Casa común; el incesante llamamiento entre la pandemia del Covid y el drama de la guerra: «Nadie se salva solo», implorando paz, paz, paz contra una guerra que – ha dicho muchas veces – «es siempre una derrota».

Aplausos, por tanto, y también oraciones en árabe, chino, portugués, polaco. Luego el féretro incensado y rociado con agua bendita, el rito de la *Ultima Commendatio* y la *Valedictio*, la *Supplicatio* de los patriarcas, arzobispos mayores y metropolitans de las Iglesias católicas orientales junto al féretro, pero hacia el féretro, con el canto evocador:

«Concede el descanso al alma de este tu siervo difunto Francisco, obispo, en un lugar verde, en un lugar de bienaventuranza donde ya no hay sufrimiento, dolor, llanto».

Las campanas de San Pedro sonaron a las 12 en punto. Menos de veinte minutos después concluyó la celebración y muchas de las personas de la plaza corrieron, mientras los sedarios llevaban el féretro de nuevo dentro de la basílica, hacia la Puerta de la Oración desde donde el féretro cerrado fue colocado en coche blanco descubierto. Como un papamóvil que lo acompañó en su último paseo en medio del pueblo que lo esperó numeroso por las calles de Roma – cerca de 150 mil, según las primeras cifras oficiales –, saludando y llorando: desde la puerta del Perugino, pasando por el centro histórico de la ciudad, hasta san Juan de Letrán y, finalmente Santa María Mayor. “Su” basílica, la de la madre, la *Salus Populi Romani*, la Virgen que desde hace siglos vela por Roma, y desde hoy, por este hijo que cuando se paraba ante Ella siempre tuvo en su boca una palabra: «Gracias».

Misa exequial por el difunto Romano Pontífice Francisco, Plaza de San Pedro

El primado de la misericordia y de la alegría del Evangelio



Publicamos el texto de la homilía pronunciada por el cardenal Giovanni Battista Re, decano del Colegio cardenalicio, durante la misa exequial por el difunto Romano Pontífice Francisco, celebrada en la plaza de San Pedro en la mañana del 26 de abril, sábado de la octava de Pascua.

En esta majestuosa plaza de San Pedro, en la que el Papa Francisco ha celebrado tantas veces la Eucaristía y presidido grandes encuentros a lo largo de estos 12 años, estamos reunidos en oración en torno a sus restos mortales con el corazón triste, pero sostenidos por las certezas de la fe, que nos asegura que la existencia humana no termina en la tumba, sino en la casa del Padre, en una vida de felicidad que no conocerá el ocaso.

En nombre del Colegio de Cardenales agradezco cordialmente a todos por su presencia. Con gran intensidad de sentimiento dirijo un respetuoso saludo y un profundo agradecimiento a los Jefes

de Estado, Jefes de Gobierno y Delegaciones oficiales venidas de numerosos países para expresar afecto, veneración y estima hacia el Papa que nos ha dejado. La masiva manifestación de afecto y participación que hemos visto en estos días, después de su paso de esta tierra a la eternidad, nos muestra cuánto ha tocado mentes y corazones el intenso pontificado del Papa Francisco.

Su última imagen, que permanecerá en nuestros ojos y en nuestro corazón, es la del pasado domingo, solemnidad de Pascua, cuando el Papa Francisco, a pesar de los graves problemas de salud, quiso impartirnos la bendición desde el balcón de la Basílica de San Pedro y luego bajó a esta plaza para saludar desde el papamóvil descubierto a toda la gran multitud reunida para la Misa de Pascua. Con nuestra oración queremos ahora confiar el alma del amado Pontífice a Dios, para que le conceda la felicidad eterna en el horizonte luminoso y glorioso de su inmenso amor.

Nos ilumina y guía la página del Evangelio, en la cual resonó la misma voz de Cristo que interpelaba al primero de los Apóstoles: “Pedro, ¿me amas más que estos?”. Y la respuesta de Pedro fue inmediata y sincera: “Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero”. Y Jesús le confió la gran misión: “Apacienta mis ovejas” (cf. Jn 21,16-17). Será esta la tarea constante de Pedro y de sus sucesores, un servicio de amor a imagen de Cristo, Señor y Maestro, que «no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud» (Mc10,45).

A pesar de su fragilidad y sufrimiento final, el Papa Francisco eligió reco-





La decisión de tomar por nombre Francisco pareció de inmediato una elección programática y de estilo con la que quiso proyectar su Pontificado, buscando inspirarse en el espíritu de san Francisco de Asís

rrer este camino de entrega hasta el último día de su vida terrenal. Siguió las huellas de su Señor, el buen Pastor, que amó a sus ovejas hasta dar por ellas su propia vida. Y lo hizo con fuerza y serenidad, cercano a su rebaño, la Iglesia de Dios, recordando la frase de Jesús citada por el Apóstol Pablo: «La felicidad está más en dar que en recibir» (Hch 20,35)

Cuando el Cardenal Bergoglio, el 13 de marzo de 2013, fue elegido por el Cónclave para suceder al Papa Benedicto XVI, llevaba sobre sus hombros años de vida religiosa en la Compañía de Jesús y, sobre todo, estaba enriquecido por la experiencia de 21 años de ministerio pastoral en la Arquidiócesis de Buenos Aires, primero como Auxiliar, luego como Coadjutor y después, especialmente, como Arzobispo.

La decisión de tomar por nombre Francisco pareció de inmediato una elección programática y de estilo con la que quiso proyectar su Pontificado, buscando inspirarse en el espíritu de san Francisco de Asís.

Conservó su temperamento y su forma de guía pastoral, y dio de inmediato la impronta de su fuerte personalidad en el gobierno de la Iglesia, estableciendo un contacto directo con las personas y con los pueblos, deseoso de estar cerca de todos, con especial atención hacia las personas en dificultad, entregándose sin medida, en particular por los últimos de la tierra, los marginados. Fue un Papa en medio de la gente con el corazón abierto hacia todos. Además, fue un Papa atento a lo nuevo que surgía en la sociedad y a lo que el Espíritu Santo suscitaba en la Iglesia.

Con el vocabulario que le era característico y su lenguaje rico en imágenes y metáforas, siempre buscó iluminar con la sabiduría del Evangelio los problemas de nuestro tiempo, ofreciendo una respuesta a la luz de la fe y animando a vivir como cristianos los desafíos y contradicciones de estos años de cambio, que él solía calificar como “cambio de época”.

Tenía gran espontaneidad y una manera informal de dirigirse a todos, incluso a las personas alejadas de la Iglesia.

Lleno de calidez humana y profundamente sensible a los dramas actuales, el Papa Francisco realmente compartió las preocupaciones, los sufrimientos y las esperanzas de nuestro tiempo de globalización, buscando consolar y alentar con un mensaje capaz de llegar al corazón de las personas de forma directa e inmediata.

Su carisma de acogida y escucha, unido a un modo de actuar propio de la sensibilidad de hoy, tocó los corazones, tratando de despertar las fuerzas morales y espirituales.

El primado de la evangelización fue la guía de su Pontificado, difundiendo con una clara impronta misionera la alegría del Evangelio, que fue el título de su primera Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Una alegría que llena de confianza y esperanza el corazón de todos los que se confían a Dios.

El hilo conductor de su misión fue también la convicción de que la Iglesia es una casa para todos; una casa de puertas siempre abiertas. Recurrió varias veces a la imagen de la Iglesia como “hospital de campaña” después de una batalla con muchos heridos; una Iglesia determinada y deseosa de hacerse cargo de los problemas de las personas y los grandes males que desgarran el mundo contemporáneo; una Iglesia capaz de inclinarse ante cada persona, más allá de todo credo o condición, sanando sus heridas.

Innumerables son sus gestos y exhortaciones a





Es significativo que el primer viaje del Papa Francisco fuera a Lampedusa, isla símbolo del drama de la emigración con miles de personas ahogadas en el mar. En la misma línea fue también el viaje a Lesbos, junto con el Patriarca Ecuménico y el Arzobispo de Atenas, así como la celebración de una Misa en la frontera entre México y Estados Unidos, con ocasión de su viaje a México

favor de los refugiados y desplazados. También fue constante su insistencia en actuar a favor de los pobres. Es significativo que el primer viaje del Papa Francisco fuera a Lampedusa, isla símbolo del drama de la emigración con miles de personas ahogadas en el mar. En la misma línea fue también el viaje a Lesbos, junto con el Patriarca Ecuménico y el Arzobispo de Atenas, así como la celebración de una Misa en la frontera entre México y Estados Unidos, con ocasión de su viaje a México.

De sus 47 agotadores Viajes Apostólicos quedará especialmente en la historia el de Irak en 2021, realizado desafiando todo riesgo. Esa difícil Visita Apostólica fue un bálsamo sobre las heridas abiertas de la población iraquí, que tanto había sufrido por la obra inhumana del ISIS. Fue también un viaje importante para el diálogo interreligioso, otra dimensión relevante de su labor pastoral. Con la Visita Apostólica de 2024 a cuatro países de Asia-Oceanía, el Papa alcanzó “la periferia más periférica del mundo”.

El Papa Francisco siempre puso en el centro el Evangelio de la misericordia, resaltando constantemente que Dios no se cansa de perdonarnos: Él perdona siempre, cualquiera sea la situación de quien pide perdón y vuelve al buen camino.

Quiso el Jubileo Extraordinario de la Misericordia, destacando que la misericordia es “es el corazón del Evangelio”.

Misericordia y alegría del Evangelio son dos conceptos clave del Papa Francisco.

En contraste con lo que definió como “la cultura del descarte”, habló de la cultura del encuentro y de la solidaridad. El tema de la fraternidad atravesó todo su Pontificado con tonos vibrantes. En la Carta encíclica *Fratelli tutti* quiso hacer renacer una aspiración mundial a la fraternidad, porque todos somos hijos del mismo Padre que está en los cielos. Con fuerza recordó a menudo que todos pertenecemos a la misma familia humana.

En 2019, durante su viaje a los Emiratos Árabes Unidos, el Papa Francisco firmó un documento sobre la “Fraternidad Humana por la Paz Mundial y la Convivencia Común”, recordando la común paternidad de Dios.

Dirigiéndose a los hombres y mujeres de todo el mundo, con la Carta en-



Frente al estallido de tantas guerras en estos años, con horrores inhumanos e innumerables muertos y destrucciones, el Papa Francisco elevó incesantemente su voz implorando la paz e invitando a la sensatez, a la negociación honesta para encontrar soluciones posibles, porque la guerra —decía— no es más que muerte de personas, destrucción de casas, hospitales y escuelas



cíclica *Laudato si'* llamó la atención sobre los deberes y la corresponsabilidad respecto a la casa común. “Nadie se salva solo”.

Frente al estallido de tantas guerras en estos años, con horrores inhumanos e innumerables muertos y destrucciones, el Papa Francisco elevó incesantemente su voz implorando la paz e invitando a la sensatez, a la negociación honesta para encontrar soluciones posibles, porque la guerra —decía— no es más que muerte de personas, destrucción de casas, hospitales y escuelas. La guerra siempre deja al mundo peor de como era en precedencia: es para todos una derrota dolorosa y trágica. “Construir puentes y no muros” es una exhortación que repitió muchas veces y su servicio a la fe como sucesor del Apóstol Pedro estuvo siempre unido al servicio al hombre en todas sus dimensiones.

En unión espiritual con toda la cristiandad, estamos aquí numerosos para rezar por el Papa Francisco, para que Dios lo acoja en la inmensidad de su amor.

El Papa Francisco solía concluir sus discursos y encuentros diciendo: “No se olviden de rezar por mí”

Querido Papa Francisco, ahora te pedimos a ti que reces por nosotros y que desde el cielo bendigas a la Iglesia, bendigas a Roma, bendigas al mundo entero, como hiciste el pasado domingo desde el balcón de esta Basílica en un último abrazo con todo el Pueblo de Dios, pero idealmente también con la humanidad que busca la verdad con corazón sincero y mantiene en alto la antorcha de la esperanza.







El último viaje del Papa Francisco: del fin del mundo al corazón de Roma

SILVINA PÉREZ

El sábado 26 de abril, el papa Francisco saludó por última vez a Roma y al mundo desde aquel vehículo que, a lo largo de su pontificado, le había permitido llevar alegría, consuelo y esperanza hasta los confines del planeta: su papamóvil.

Jamás una imagen —la de un féretro transportado en un papamóvil— había concentrado tanta fuerza ni tanta hondura simbólica. En un solo encuadre, silencioso y solemne, se condensaba la paradoja de un final que, misteriosamente, devolvía todo el sentido al origen.

El papamóvil, descubierto, avanzaba lentamente, escoltado por la policía italiana, llevando los restos mortales del Papa. A su paso, la multitud que llenaba las calles de Roma rompía el silencio en un aplauso unánime.

«¡Gracias, Francisco!», «¡Viva el Papa!», gritaban los vecinos, mientras una fila interminable de fieles se extendía a ambos lados de la vía.

En su último recorrido, fue la periferia —esa periferia que Francisco abrazó y defendió sin descanso— la que tomó la palabra. Le gritó su amor, le ofreció su gratitud, le rindió homenaje en un diálogo espontáneo, popular y vibrante, al paso de aquel mismo vehículo que, durante doce años, le permitió alcanzar los márgenes olvidados del mundo, allí donde la Iglesia apenas sobrevive sostenida por pequeños grupos de fieles y valientes sacerdotes. Francisco fue un líder inesperado. Tan inesperado como imprescindible en un mundo asediado por la incredulidad y el desencanto.

Por las calles de Bogotá o de Manila, por las plazas de Lisboa o de Bangui, por las vastas estepas de Mongolia: siempre hacia ellos, hacia los pequeños, hacia los últimos, quiso Francisco llevar el abrazo visible de Roma, reafirmando en cada gesto la unidad de la Iglesia.

Pero aquella periferia que recorrió no remite únicamente a un límite geográfico: alude, sobre todo, a una mirada renovada, capaz de devolver la voz a quienes habían sido silenciados, relegados, olvidados de la historia.

Diversos han sido los temas que han marcado el pontificado de Francisco, tratados siempre con claridad, firmeza y un estilo sencillo y directo: la renovación de la Iglesia, la defensa de los migrantes, el cuidado de la Casa Común y la incansable búsqueda



*Diversos han sido los temas
que han marcado el
pontificado de Francisco,
tratados siempre con
claridad, firmeza y un estilo
sencillo y directo: la
renovación de la Iglesia,
la defensa de los migrantes,
el cuidado de la Casa
Común y la incansable
búsqueda de la paz*



El papa de los zapatos negros, el que venía del fin del mundo, trajo consigo el viento de la periferia encarnado en su propia figura y mostró, a lo largo de todo su magisterio, su firme voluntad de recurrir a ella, de abrirla espacio y de desplazarla, decididamente, hacia el centro



de la paz. Como recordó el cardenal Re en su homilía de despedida, quizá Irak fue el viaje más intenso y más arriesgado de los cuarenta y siete que jalónaron todo su pontificado: el signo visible de un pastor que jamás quiso retroceder ante los caminos difíciles de la periferia.

La visita del Papa a Irak, el 7 de marzo de 2021, fue significativa no solo en el plano religioso, sino también en el político y social,

especialmente por el delicado momento en que tuvo lugar y por el mensaje que transmitió a las autoridades iraquíes: la necesidad de reconstruir un clima de tolerancia e inclusión social, así como de promover el diálogo entre las múltiples comunidades étnicas y religiosas para sanar las heridas abiertas en quienes fueron víctimas de los primeros capítulos de lo que él mismo definió como “la tercera guerra mundial en pedazos”.

Desde la “martirizada” Siria hasta la guerra entre Hamás e Israel, pasando por los conflictos olvidados en África, la crisis de Myanmar y la guerra en Ucrania, el Pontífice nunca dejó de recordar al mundo que «la guerra es siempre una derrota».

El papa de los zapatos negros, el que venía del fin del mundo, trajo consigo el viento de la periferia encarnado en su propia figura y mostró, a lo largo de todo su magisterio, su firme voluntad de recurrir a ella, de abrirla espacio y de desplazarla, decididamente, hacia el centro, realizando aquel “camino entre obispo y pueblo” que propuso ya el 13 de marzo de 2013.

Este último viaje en el papamóvil no fue solo un trayecto físico: fue la culminación de ese camino espiritual y pastoral iniciado doce años atrás y que unió los extremos geográficos de la Iglesia en un mismo abrazo de fe y esperanza.



Viajes de Francisco, peregrino de esperanza



Viajes del Papa Francisco fuera de Italia: 47

En los viajes dentro de Italia destaca el viaje a la isla de Lampedusa, emblema de la inmigración a través del Mediterráneo, fue su primer viaje del Pontificado en 2013, rezó por los que habían perdido la vida en el mar tratando de llegar a Europa y fue muy simbólico en un momento de la crisis de los refugiados - Viaje a Cuba y Estados Unidos en 2015, importante para ayudar a desbloquear las relaciones entre Cuba y EEUU. Obama había pedido directamente la mediación del Papa para establecer relaciones diplomáticas con Cuba. Francisco dio un histórico discurso en el Congreso estadounidense

- Colombia 2017 importante para respaldar los acuerdos de paz del gobierno con las FARC y apoyar el proceso de reconciliación fue muy duro con el narcotráfico también

- Chile 2018 fue un viaje difícil pero importante porque llegaba en pleno escándalo por los abusos en la Iglesia chilena, allí Francisco pidió perdón por los abusos del clero y se reunió con algunas víctimas, después los invitó al Vaticano, donde se investigó los casos y los obispos chilenos dimitieron poco después en bloque por los escándalos de pederastia (aunque el Papa solo aceptó la renuncia de algunos, no de todos)

-Japón 2019 viaje importante y simbólico por las visitas a Hiroshima y Nagasaki, habló del peligro de

una guerra nuclear y dio discursos importantes por la paz. Hacía 40 años que un Pontífice no visitaba Japón y para él fue importante también porque en su juventud quería haber ido de misionero a Japón -Emiratos Árabes 2019. El primer Pontífice en visitar la península arábiga, para tender puentes con el Islam. Allí firmo el Documento sobre la Fraternidad Humana por la Paz Mundial y la Convivencia Común, conocido como Declaración de Abu Dabi, con el Gran Imán de al-Azhar, importante para el diálogo entre cristianos y musulmanes

-Irak 2021, primera vez que un Pontífice visitaba el país. Fue arriesgado por la pandemia y por la seguridad, pero muy trascendente. Fue para acercarse a los cristianos de allí y para tender puentes con el Islam. Uno de los viajes mas importantes del pontificado

-Gira por Asia y Oceanía 2024, (Indonesia, Papúa Nueva Guinea, Timor Oriental, Singapur) el viaje más largo de su pontificado, para impulsar la evangelización y acercarse a China. Importante que ha sido el primer Pontífice en alcanzar un acuerdo con China, para el nombramiento de obispos, aunque este acuerdo todavía está en fase de pruebas es muy importante para tratar de normalizar y la Iglesia Católica en China

Muy recordado también el viaje a Myanmar de 2017, donde denunció el genocidio de los Rohingya

Sergio Sánchez participó en la misa de inicio de pontificado y ha viajado a Roma para participar en el funeral

El último adiós del cartonero a su amigo el Papa



Nuestro movimiento ha peleado con Francisco por las tres T, tierra, techo y trabajo. Este es el legado que nos dejó. Y ojalá todos lo entendieran. Ha sido un Papa de los humildes, de los pobres

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Miles de personas quisieron dar un último adiós al Papa Francisco, al Papa venido “desde el final del mundo”. Y desde allí llegaron también muchos argentinos para participar en el funeral del primer Pontífice latinoamericano de la historia. Entre ellos estaba Sergio Sánchez, un cartonero amigo ya desde que Francisco era arzobispo de Buenos Aires.

Sergio Sánchez, presidente de la Federación Argentina de Cartoneros, Carreros y Recicladores, es un referente destacado del movimiento cartonero en la Argentina, cuya trayectoria refleja una lucha constante por la dignidad laboral y la inclusión social.

“Nuestro movimiento ha peleado con Francisco por las tres T, tierra, techo y trabajo. Este es el legado que nos dejó. Y ojalá todos lo entendieran. Ha sido un Papa de los humildes, de los pobres”, asegura el cartonero. Asimismo lanzó un mensaje al mundo, “que no se olviden de los pobres, que no se olviden de los caídos, de las historias que este gran Papa y sus mensajes a los excluidos”. Francisco - asegura Sergio - no quería que fuéramos material de descarte, quería que simplemente fuéramos personas que encuentran su honor y reconocimiento de su trabajo, siendo cartoneros, que fuéramos legalmente trabajadores de una economía popular.

Sánchez participó el 19 de marzo de 2013 en la misa de inicio de pontificado del Papa Francisco. “Nos llegó una invitación especial porque él quiso que en la misa de inicio de pontificado estuviéramos en el lugar de la familia. Y poder estar cerca, junto a presidentes y reyes, fue una emoción muy importante para nosotros, como organización, que siempre luchó por el excluido”, afirma el cartonero.

Y esta relación cercana con Jorge Bergoglio prosiguió en el tiempo. Unos años más tarde el Papa bautizó al hijo de Sergio en la





capilla de Santa Marta. Un niño que ahora también llora la muerte del Pontífice. “Mi hijo el otro día, con la misa que se hizo en Flores, no quiso ir al colegio. Quiso participar en la misa con su foto donde se ve que el Papa lo bautizó. Ahora quedó un poco triste porque le hubiese gustado venir”. Cuenta Sergio que en Argentina también le recordaron, 1.500 cartoneros prepararon un pequeño altar, con la Virgen de Luján, san Cayetano, una Virgen cartonera y la foto del Papa, “para despedirlo con gran honor por lo que Francisco significó para los cartoneros”.

“Cuando nos enteramos de la noticia, para nuestro movimiento, que él fue nuestro guía espiritual, fue una tristeza enorme”, asegura Sánchez. Él siente que viajó a Roma para despedir no solo a su amigo, “sino a nuestro amigo, porque yo hablo en voz de todos los recicladores y de la economía popular. Esa economía de la que tanto habló Francisco”. Nuestra tristeza - prosigue - es que se nos fue un gran líder que revolucionó la historia mostrando que estaba con los humildes y los pobres.



Pensábamos que ya no lo tenemos más físicamente, pero lo tenemos espiritualmente, todos aquellos que queremos trabajar en nuestra historia.

Con lágrimas en los ojos Sergio asegura que emociona hablar de una persona “que movió al mundo en muchas cosas que cambió a historia”. Y cuenta que cuando vio al Papa Francisco en el féretro “le dije que se quede tranquilo porque nosotros vamos a seguir con esta lucha”.

El Papa Francisco, explica Sergio Sánchez, nos dio más fuerza, más alegría. “Pero todavía hay muchas situaciones de pobreza que solucionar, y esperemos que no se olviden, que cuando hay un caído al lado del camino, hay que poner la mano”.

Aunque era un hombre muy ocupado, él nunca se olvidó de nosotros, recuerda el cartonero. En el Congreso de la Ciudad organiza la Navidad de los Pobres, para unas 2500 personas en situación de calle, personas vulnerables, Francisco siempre les mandaba un mensaje para bendecirles.

“Yo no hablo en nombre de Sergio Sánchez, hablo en voz de todos los cartoneros que no tienen la posibilidad de viajar. Nuestra organización nos enseñó a no ser egoístas, estoy yo como podía estar cualquier compañero mío. En la decisión de la organización, como yo era el que conocía de hacía más tiempo a Bergoglio, decidieron que yo pudiera venir. Recuerdo cuando de cardenal, hacía la misa por la trata, por las personas desaparecidos, por los talleres clandestinos, los excluidos como nosotros los cartoneros... Él cambió la historia”, concluye el cartonero argentino.

La representación de las comunidades más humildes de Argentina en el funeral del Papa

“Caminaremos por las sendas y por las huellas que él nos dejó”



LORENA PACHO PEDROCHE

Francisco nunca se olvidó de los pobres. Lo subrayó en su primer discurso como pontífice en Roma, llegado “del fin del mundo” y lo tuvo presente durante todo su pontificado. Los pobres, que siempre sintieron su cercanía, tampoco lo olvidarán a él.

Los más necesitados y los movimientos sociales de la Argentina natal del Papa Francisco, que tanto marcaron la larga y fecunda trayectoria del pontífice en el país latinoamericano como sacerdote primero y arzobispo después, y a los que siempre puso en el centro de sus obras, también han estado representados en el funeral.

El padre Joaquín Giangregg, un cura villero argentino ordenado por Jorge Mario Bergoglio cuando era arzobispo de Buenos Aires, ha venido a Roma desde las periferias de la capital argentina para despedir a su maestro. La solidaridad y la providencia lo han traído hasta la capital. Un grupo de feligreses se organizó espontáneamente para costear el precio del billete de avión. “Me consiguieron hasta un pasaporte, porque yo no tenía”, señala el sacerdote, en conversación con L’Osservatore Romano.

Giangregg, actual párroco del partido de Moreno, situado en la provincia de Buenos Aires llegó el viernes a Roma y ese mismo día pudo ir a la basílica de San Pedro a despedirse de su querido Jorge Mario Bergoglio, a quien conoció bien en vida. “Yo necesitaba venir y él se lo merecía, vengo en nombre de todas las comunidades más humildes con las que pasó tanto tiempo”, apunta. Y reconoce que está viviendo estos momentos con gran emoción. “Para mí fue como despedir a mi papá, cuando me encontré frente a su ataúd me quebré, pero tenía la necesidad humana y espiritual de verlo. Representar a todas las villas en un momento tan profundo como la despedida del Papa es una dicha”.

En Argentina, las villas miseria o barrios populares son asentamientos urbanos muy precarios, donde hay viviendas construidas de manera informal, muchas veces sin acceso adecuado a servicios básicos como agua potable, cloacas, electricidad segura o recolección de basura.

Los conocidos como ‘curas villeros’ son sacerdotes católicos que trabajan y viven en las villas miseria, acompañando a las comunidades más pobres. No solo celebran misas, bautismos o matrimonios, sino que también se involucran profundamente en la vida diaria de estos barrios: organizan comedores, centros de apoyo escolar, talleres de oficios, campañas de salud y muchas otras actividades sociales. “Nos metemos en el barro y estamos ahí acompañando la vida como viene”, lo resume el padre Joaquín. La labor de estos curas era muy apreciada por el Papa Francisco, que siempre los animó a seguir al lado de los pobres.

“La gente de nuestras comunidades ha seguido muy de cerca la despedida del Papa, manda muchos mensajes, está muy presente, desde allí rezando en las capillas, tiene un vínculo muy fuerte con el Santo Padre, que siempre estuvo cerca de ellos también. De alguna manera hemos traído a Roma el cariño de tanta gente”, explica el sacerdote. Y Recuerda que siempre recibió “muy buenos consejos” del Papa Francisco, a quien a menudo planteaba sus inquietudes y desvelos, recibiendo siempre una respuesta cercana y fraternal. La última recomendación se la dio en febrero, antes de ingresar en el hospital.



“Francisco nos enseñó a volvernos a sorprender con la Buena Noticia del Evangelio. Es lindo que un Papa nos haya llevado a la esencia de nuestra fe, al corazón de nuestra fe, que es el mensaje de Jesús, que también surge en las periferia de los más humildes, de los más descartados, de los pueblos enfermos, a los que a nadie se acercaba”

El padre Joaquín ha venido acompañado del padre Leonardo Silio, otro cura villero de Moreno. Ambos son el vivo ejemplo de la Iglesia en Salida que no abandona a las periferias que tanto pedía Francisco. “Quería la Iglesia que fundó Jesús, bien arraigada en el Evangelio y siendo caricia de Dios y misericordia con todo aquel que está caído”, subraya el padre Joaquín, emocionado.

“Tantas veces decía: ‘prefiero una Iglesia accidentada, herida que encerrada y temerosa’. Creo que esa es la Iglesia que soñaba Francisco: una Iglesia de puertas abiertas una Iglesia que está siempre en el barrio, que siempre está en medio de la gente, con el pueblo, que esté acompañando, escuchando, porque Francisco nos enseñó a escuchar al pueblo”, agrega el padre Leonardo. Y recuerda: “Francisco nos enseñó a volvernos a sorprender con la Buena Noticia del Evangelio. Es lindo que un Papa nos haya llevado a la esencia de nuestra fe, al corazón de nuestra fe, que es el mensaje de Jesús, que también surge en las periferia de los más humildes, de los más descartados, de los pueblos enfermos, a los que a nadie se acercaba”.

El padre Leonardo, contemplando la basílica evoca la última imagen pública de Francisco “bendiciendo al pueblo desde el balcón de la basílica de San Pedro”. “Recordaba que él pidió la bendición y la oración al pueblo la primera vez que salió a ese balcón para que fuera un buen pastor y ahora lo último que hizo fue bendecir a su pueblo. Caminaremos por las sendas y por las huellas que él nos dejó”. El padre Leonardo recuerda el “vínculo” tan estrecho que el Papa siempre tuvo con el pueblo argentino y en particular con los fieles más humildes: “Siempre estábamos en contacto, había un vínculo de paternidad muy lindo. Nos ayudó mucho en nuestro discernimiento, en nuestra pastoral, en nuestro trabajo con los más pobres con los más humildes y para llevar la Iglesia a las periferias”. Como ellos, otros argentinos asisten al funeral del papa conmovidos. Silvia Merino y su esposo Francisco Herrera vienen de la localidad de Chacras de Coria. Habían planificado su viaje para asistir a la canonización del Beato Carlo Acutis, que se iba a celebrar este domingo y por el momento se ha aplazado. “Nos ha pillado por sorpresa la muerte del Papa, pero estamos agradecidos de que nos hemos podido despedir de él aquí”, dicen en su funeral. “Tenemos la esperanza de que se continúe el mensaje integrador de Francisco”, comenta Francisco. “Nos enseñó a encontrar coincidencias donde todos veían diferencias”, añade. Su esposa Silvia recuerda con emoción un mensaje del Papa Argentino: “Puso gran humildad en todas sus obras y nos recordó que la Iglesia debe estar abierta a todos, todos, que no es una aduana y que Dios es misericordioso con todos y no deja a ninguno afuera”.

EL RECUERDO DE LOS CARDENALES



El recuerdo del cardenal Cobo sobre el Papa Francisco supo ser brújula sabiendo que el norte está en Dios

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Francisco nos ha enseñado a mirar adelante, superar la tentación de que la Iglesia se mire a sí misma, él ha cambiado la mirada invitando a mirar adelante. Y este horizonte al que hay que mirar es la esperanza. No podemos caminar sin la fe y el ritmo es la sinodalidad y la fraternidad. Con estas palabras recuerda el pontificado de Francisco el cardenal José Cobo Cano, arzobispo de Madrid. Esta mirada - recuerda el purpurado - viene del Concilio, es la de ser samaritanos. Para Francisco no se puede ir en fraternidad y sinodalidad sino es mirando a los que están tirados al borde del camino, porque son parte de la Iglesia, y son los primeros.

A la salida del Congregación General, conversando con L'Osservatore Romano, el cardenal Cobo ha asegurado que "Francisco ha sabido ir uniendo todos estos puntos, con la perspectiva de que la Iglesia es madre de todos". La Iglesia - prosigue el arzobispo de Madrid - tiene que ser una casa abierta donde todo el mundo se encuentre en ella. "En un



mundo en el que no hay raíces, donde la gente no sabe dónde acogerse, el Papa ha sabido decir: que la Iglesia sea el refugio, el hospital de campaña donde todo aquel que necesita mirar más arriba y mirar a Dios". Por otro lado, el cardenal Cobo asegura que Francisco ha sido un hermano y lo que más destaca de él es su experiencia de fe. Y en todo mo-

mento, añade, ya sea a un jefe de Estado o a un mendigo de la columna, sabía hablarle, sabía hablarle de Dios y sabía que estaba viendo a Dios. Por eso, el arzobispo de Madrid subraya esa experiencia del Papa, esa sencillez y esa capacidad de humanizar. "Francisco ha sabido ver a Dios en la gente que tenemos al lado".

Respecto al legado que Francisco deja al mundo a través de su pontificado, destaca esa capacidad que ha tenido de remitir a Dios y al Evangelio. Y así se ha convertido "en un referente, ético y dentro de la vida de las religiones". Todo ello, concluye el cardenal, denota la necesidad que el mundo tiene de brújulas. "Yo creo que Francisco ha sabido ser brújula sabiendo que el norte está en Dios, y él ha puesto el norte. Ha sabido ser una buena brújula para todos los que lo han querido acoger". Ha sido esa brújula incluso "en momentos difíciles, como en la pandemia, o al inicio de las guerras, él siempre ha dicho dónde estaba el norte".



El Papa al cardenal Rodríguez Maradiaga

“No pierdas la paz. Yo estoy en paz”

En entrevista con Vatican News, el cardenal hondureño hace un recorrido de esa larga y maravillosa amistad que tuvo con el Papa Francisco, desde que era arzobispo de Buenos Aires, trabajando juntos en el Documento de Aparecida.

PATRICIA YNESTROZA

El cardenal Rodríguez Maradiaga, arzobispo emérito de Tegucigalpa Honduras, relata que su amistad con el Papa Francisco comenzó cuando Jorge Bergoglio fue nombrado obispo auxiliar de Buenos Aires y se profundizó durante la Confe-

rencia del Episcopado en Aparecida en 2007, donde trabajaron juntos estrechamente. “El Papa Francisco: un testimonio de humildad y fraternidad que marcó mi vida”

El purpurado destaca al Papa como un religioso ejemplar, austero, cercano y profundamente humano, cuya vida ha estado marcada por acciones concretas a favor de los pobres y marginados, como la reforma de la Limosnería Apostólica en el actual Dicasterio de la Caridad y la creación de servicios para personas sin hogar, en los alrededores de la Plaza de San Pedro.



Sobre el legado del Papa, subraya que el proyecto de la sinodalidad es central y continuará influyendo en la Iglesia. Para Honduras, el legado ha sido un llamado constante a la fraternidad, unidad y superación del odio y la división

“Francisco me enseñó a no perder la paz, incluso en la tormenta”

El purpurado comparte una anécdota personal que lo marcó: durante la clausura de la Jornada Mundial de la Familia en Irlanda, tras la publicación de una carta polémica contra el Papa, sintió ira, pero encontró consuelo y enseñanza en las palabras de Francisco: “No pierdas la paz. Yo estoy en paz”. Esta enseñanza ha acompañado al purpurado desde entonces.

La sinodalidad. Sus llamados a la unidad al pueblo hondureño

Sobre el legado del Papa, subraya que el proyecto de la sinodalidad es central y continuará influyendo en la Iglesia. Para Honduras, el legado ha sido un llamado constante a la fraternidad, unidad y superación del odio y la división.



Francisco, promotor de una justicia penal humana

ROBERTO CARLÉS*

El Jueves Santo, en su última salida del Vaticano, Francisco visitó la cárcel de Regina Coeli. No pudo, esta vez, realizar el rito del lavado de pies como era su costumbre desde los tiempos en que era arzobispo de Buenos Aires. Era una ceremonia que amaba, imitar con los últimos el gesto que tuvo Jesús con sus discípulos, un gesto de servidumbre.

En cada una de sus visitas a las cárceles, Francisco llevaba esperanza. Eso hizo el pasado 26 de diciembre al abrir de par en par la puerta del Centro de Detención de Rebibbia, la segunda que abrió luego de dar inicio al Jubileo con la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro. Un gesto cuyo significado, dijo, no era otro que el de invitar a los presos a abrir sus corazones a la esperanza.

“¿Por qué ellos y no yo?”, se preguntaba el Santo Padre. De este modo expresaba, con palabras sencillas y a la vez profundas, como era su estilo, que todos cometemos errores pero que sólo algunos los pagan.

Por ello no debería sorprender que desde el inicio de su pontificado la cuestión de la justicia penal estuviera en el centro de su magisterio. En una serie de documentos e intervenciones públicas promovió, a la luz del Evangelio y en continuidad con sus predecesores, un desarrollo de la Doctrina Social de la Iglesia que, a partir de la realidad de los sistemas penales en nuestro tiempo, sostiene que la justicia penal debe estructurarse en torno al respeto por la dignidad humana.

En un documento de 2019 que sintetiza su magisterio en la



materia, sostuvo que “uno de los mayores desafíos actuales de la ciencia penal es la superación de la visión idealista que asimila el deber ser a la realidad”, con el riesgo de “ocultar los rasgos más autoritarios del ejercicio del poder”. En esta afirmación aplicó a la cuestión penal uno de los principios que propuso en su documento programático, la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*: la realidad es superior a la idea. En consecuencia, el saber penal no ha de ser construido sobre la base de cómo creemos que debe ser el castigo sino a partir del conocimiento efectivo de la realidad

de los sistemas penales.

Francisco describió y criticó esa realidad, caracterizada por el encarcelamiento masivo, el hacinamiento y las torturas en las cárceles, la selectividad del sistema penal, la arbitrariedad y los abusos por parte de las fuerzas de seguridad, la ampliación del alcance de la pena, la criminalización de la protesta social, la instrumentalización del sistema penal con fines políticos, el uso arbitrario de la prisión preventiva y el repudio de las garantías penales y procesales más elementales.

Condenó la pena de muerte y promovió la nueva redacción del n. 2267 del Catecismo de la

Iglesia Católica, que la declara inadmisibles y establece el compromiso de la Iglesia con su abolición en todo el mundo; una reforma que expresa “el progreso de la doctrina de los últimos pontífices así como también el cambio en la conciencia del pueblo cristiano, que rechaza una pena que lesiona gravemente la dignidad humana”.

Su condena no se limitó a la pena de muerte legal, sino que en reiteradas ocasiones llamó la atención sobre las ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias. Ello lo llevó a observar con preocupación algunas reformas legislativas que se promovieron en distintos países con respecto a las eximentes de cumplimiento de un deber y de legítima defensa.

Denunció que la pena de prisión perpetua es una pena de muerte “oculta” porque compromete el “derecho a la esperanza” y las “perspectivas de reconciliación y reintegración” de las que la pena no puede prescindir.

Se ocupó también de fenómenos concretos como la criminalización de la homosexualidad,



que “representa el modelo negativo por excelencia de la cultura del descarte y del odio”, expresó su preocupación por “la escasa o nula atención que reciben los delitos de los más poderosos” y promovió el reconocimiento del ecocidio como crimen contra la paz.

Francisco no se limitó a de-

nunciar los males del sistema penal, sino que propuso un modelo superador del tradicional retribucionismo: “existe una asimetría entre el castigo y el delito [...] la ejecución de un mal no justifica la imposición de otro mal como respuesta. Se trata de hacer justicia a la víctima, no de ajusticiar al agresor”. Para ello, alentó la construcción de un modelo de justicia penal restaurativa “basado en el diálogo, en el encuentro, para que, en la medida de lo posible, se restablezcan los vínculos dañados por el delito y se reparen los daños causados”.

Francisco nos deja un legado enorme sobre el cual construir una justicia humana, “un reto al que todos debemos enfrentarnos si queremos abordar los problemas de nuestra convivencia civil de una manera racional, pacífica y democrática”.

**Doctor en Derecho, ex embajador de la República Argentina en Italia y presidente de la Fundación Laudato si’*



Entrevista con P. Jaime Tatay Nieto. Redescubrir el don de la creación, cuidarla y preservarla para las futuras generaciones

El legado del Papa Francisco: Laudato si'

LORENA PACHO PEDROCHE

El Padre Jaime Tatay Nieto sabe lo que significa un diálogo fecundo entre fe y razón. Este jesuita, teólogo e ingeniero de Montes ha consagrado su trayectoria al estudio de las Ciencias Ambientales y a la evolución del pensamiento social cristiano, campos en los que se ha convertido en un experto de referencia.

En 2021 recibió el premio de la Fundación 'Centesimus Annus pro Pontifice' por su obra "Ecología integral. La recepción católica del reto de la sostenibilidad: desde la Rerum novarum (1891) hasta la Laudato si' (2015)" (BAC Editorial, 2018), por su contribución al estudio e implementación en profundidad de la Doctrina Social de la Iglesia. Ha dedicado años a estudiar el pensamiento social católico y su capacidad para abrirse, dialogar e incorporar una de las cuestiones centrales de nuestro tiempo: el reto de la sostenibilidad.

Forma parte de Ecojesuit, una plataforma de comunicación y promoción de la ecología de la Compañía de Jesús. Y es docente en la Universidad Pontificia de Comillas (España), que cuenta con una Unidad de Ecología Integral y que forma parte de la Plataforma de Acción Laudato si', patrocinada por el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

En esta entrevista con L'Osservatore Romano reflexiona sobre Ecología Integral y sobre el valor de la encíclica Laudato si', como parte importante del gran legado del magisterio de Francisco, que publicó esta encíclica hace diez años.



Usted es ingeniero de montes, jesuita y profesor, ¿cómo se cruzaron en su vida la vocación científica y la religiosa?

Si hago memoria de mi vida, de mis inquietudes espirituales e intereses intelectuales, más que un cruce único tendría que hablar de entrecruzamientos, de encuentros o, como se dice ahora, de "fecundación cruzada". La disciplina y el estudio poseen una dimensión contemplativa que, si tienen por objeto la naturaleza hacen que vocación y profesión se confundan. En mi caso, quizás, la posibilidad de pasar desde niño casi todos los fines de semana y las vacaciones en el campo, en una casa que mis padres tienen fuera de la ciudad, fue sin duda una experiencia formativa clave para despertar ambas vocaciones. Fue un lugar

apartado, donde descanso, ocio, lectura y contacto directo con la naturaleza formaban parte de una única experiencia. Luego, con el paso del tiempo, el estudio más académico y formal sintetizó con la búsqueda de sentido de una forma sencilla.

¿Qué cree que tiene de novedoso la encíclica Laudato si' frente a otros documentos eclesiales?

Algo que quizás no se ha subrayado suficientemente: que no es tan original como parece, sino que recoge, ordena y sintetiza lo que muchos otros —conferencias episcopales, pontífices y expertos de distintas áreas de conocimiento— dijeron antes. Su gran novedad es su metodología, inductiva, "de abajo arriba", más que su temática. Aunque, cuando uno estudia la tradición intelectual católica, descubre que las semillas estaban plantadas desde hace tiempo. Santo Tomás, por ejemplo, es su Suma Teológica también emprende una labor de escucha y estudio de diversas cuestiones tomando en consideración fuentes cristianas y no cristianas. El reto ecológico, tal y como se plantea en el siglo XX, resulta novedoso para el pensamiento social cristiano. Pero ese pensamiento nunca ha dejado de abordar "cosas nuevas", tal y como recordó León XIII. Dicho de un modo más breve, Laudato si' es, en efecto, un documento novedoso, pero precisamente por estar anclado en la tradición.

¿Cómo ha cambiado esta encíclica la teoría y la práctica de la Iglesia sobre el cuidado de la casa común?

Es difícil hacer una valoración global sobre una institución religiosa que congrega a más de 1400 millones de fieles en el

mundo. Para contestar a esa pregunta primero tendríamos que analizar en detalle el impacto que ha tenido *Laudato si'* en las distintas conferencias episcopales, diócesis, congregaciones religiosas y movimientos católicos. No se puede generalizar. En algunos lugares ha tenido un efecto profundo —por ejemplo, en la región panamazónica—; en otros ha puesto en marcha comisiones diocesanas de ecología integral que están dando sus primeros pasos; en muchos colegios y centros educativos ha servido de catalizador de iniciativas que ya existían; en el ámbito teológico ha generado gran cantidad de publicaciones y grupos de investigación. Dependiendo del lugar del mundo, de la sensibilidad de cada sociedad a estas problemáticas y del tipo de institución, los católicos han recibido de distinta forma la urgencia que la encíclica transmite.

¿Qué ha aportado Laudato si' a la Iglesia en estos diez años? ¿De qué manera ha contribuido a robustecer la Doctrina Social de la Iglesia (DSI)? Ha aportado mucho: profundidad teológica, expansión del horizonte ético, estímulo para las comunidades cristianas, credibilidad antes las instituciones internacionales y la comunidad científica. Para la Doctrina Social de la Iglesia, ha supuesto un impulso significativo, sistematizando el magisterio precedente, planteando una única “cuestión socioambiental” y abriendo el pensamiento social católico a las ciencias naturales, más allá de las cuestiones laborales, económicas y de desarrollo (vinculadas a las humanidades y las ciencias sociales) que habían ocupado a la DSI hasta la fecha.

¿Sobre la encíclica, qué aspectos cree que han calado más en la Iglesia y cuáles aún están pendientes? Creo que la cuestión ecológica



—que era percibida como una reivindicación ajena a las preocupaciones de los católicos y asociada a partidos de un determinado signo político— se percibe ahora como una cuestión propia y vinculada a la tradicional cuestión social. En ese sentido, la recepción de la cuestión ecológica por parte de las iglesias, no solo la católica, ha servido para universalizarla y despolitizarla. Eso no significa que la implicación de la Iglesia en el cuidado de la casa común sea tan intensa y extensa como lo ha sido hasta ahora respecto a otros temas sociales “tradicionales”, como la lucha contra la pobreza, la acogida de migrantes, la mejora de la sanidad o la promoción de la educación. El cuidado de la casa común es una tarea todavía pendiente en muchas diócesis, congregaciones y movimientos católicos. Pero el mensaje ha calado y forma ya parte de la misión de la Iglesia.

¿Cómo responde la fe cristiana a las valoraciones científicas sobre la crisis climática?

El primer capítulo de *Laudato si'* es un ejemplo excelente de diálogo entre fe y razón, como expresó S. Juan Pablo II en el título de una de sus encíclicas. Ese capítulo es un modelo de in-

tegración de la contribución científica a la reflexión teológica contemporánea. Si la teología no toma en serio los signos de los tiempos y no dialoga con la mejor ciencia disponible, se torna una teología alejada de la realidad, incapaz de fecundarla. La valoración cristiana de cualquier cuestión está llamada a escuchar la realidad, dialogar con ella y considerar las fuentes ajenas de conocimiento —entre las que destaca el conocimiento científico— como un interlocutor imprescindible con el que enriquecer las fuentes propias —Escritura, Tradición y Magisterio—. Una vez escuchadas esas voces cualificadas, la Iglesia está llamada a realizar una contribución específica, tanto en el ámbito teológico, como ético y práctico.

Hay quien aún ve conflicto entre ciencia y religión. ¿Cómo se integran ambas en su experiencia?

En mi experiencia, hay planteamientos científicos que pueden ser conflictivos, efectivamente, pero también los hay que permiten un diálogo fecundo y hasta un enriquecimiento mutuo. Se suele hacer referencia al debate copernicano sobre el heliocentrismo o al darwinismo que sentó las bases del evolucionismo

como ejemplos paradigmáticos del conflicto entre ciencia y religión. La investigación histórica ha mostrado que la polémica generada fue más compleja y que otros intereses se entremezclaron entre esos dos actores que llamamos “ciencia” y “religión”. En mi opinión hay que mantener una cierta independencia hasta que la ciencia o los desarrollos tecnológicos maduren y se asienten —como, por ejemplo, sucede ahora con la inteligencia artificial—. Una vez se cumpla ese requisito, se puede iniciar un diálogo sereno que puede enriquecer a ambos interlocutores. En el

do su vida y vinculándose a iniciativas eclesiales que tomen en serio el cuidado de la casa común.

¿Podría contarnos ejemplos de comunidades que están aplicando Laudato si’ de forma creativa?

Las comisiones diocesanas de ecología integral y algunas conferencias episcopales (como las de la región amazónica) serían buenos ejemplos.

¿Qué papel pueden jugar los jóvenes en este cambio?

Un papel clave. No solo son el futuro de la sociedad y de la

sostenibilidad, así como premios e iniciativas de diversa índole que incentivan el estudio y el interés de estos temas. Además, a nivel de investigación, Comillas destaca por sus grupos de investigación sobre energías renovables, pobreza energética, consumo responsable o desastres naturales.

¿Qué esperanza ve usted en medio de tanta preocupación ambiental?

Veo signos de cambio en el ámbito empresarial. Aunque la apuesta por la sostenibilidad pudo ser al principio una estrategia de márketing, o incluso “green-



caso del pensamiento ecológico, la fase de maduración que posibilita el diálogo ya ha sido superada.

¿Cómo definiría, en palabras sencillas, la “conversión ecológica”?

Como una oportunidad para redescubrir el don de la creación y la vocación universal a cuidarla y preservarla para las futuras generaciones.

¿Cómo puede una persona creyente revisar su estilo de vida a la luz de Laudato si’?

Leyendo la encíclica, examinan-

Iglesia, sino que a menudo están muy sensibilizados con la cuestión ecológica y pueden ser los dinamizadores de los movimientos parroquiales, colegiales y de los diversos movimientos.

Usted trabaja en la Universidad Pontificia Comillas. ¿Cómo se está formando a las nuevas generaciones en clave de ecología integral?

Hace varios años que creamos la Unidad de Ecología Integral, precisamente para impulsar esta cuestión en Comillas. También hemos incrementando la oferta de cursos relacionados con la

washing”, creo que hoy forma parte del propósito y misión de muchas empresas. También detecto el interés de los estudiantes y el deseo de orientarse profesionalmente hacia el cuidado de la casa común.

¿Qué invitación haría a los creyentes que aún ven la ecología como algo secundario en su fe?

Que conecten su experiencia espiritual y su oración con la contemplación de la creación, tal y como hacen los salmos, las parábolas de Jesús o buena parte de la literatura sapiencial.

Adios al amigo

MARCELO FIGUEROA

“Ya no los llamo siervos, porque el siervo no está al tanto de lo que hace su señor; yo los he llamado amigos...” (Juan 15,15)

Esas eternas y proféticas palabras apostólicas pronunciadas por Jesús previas a su Pascua, vienen inmediatamente a mi memoria al pensar en la comunión íntima del Señor Jesús con Jorge M. Bergoglio, el Papa Francisco, quien acaba de transitar su propia Pascua. Reservada para unos pocos, solo para quienes saben discernir los pensamientos del Galileo, para quienes buscan incansablemente seguir sus pisadas en la arena de la vida y de su Iglesia, para quienes pueden dialogar con él cotidianamente con ternura y cercanía y para quienes descubrieron en el rostro de los últimos del mundo la dulce mirada del Hijo del hombre. Bergoglio fue amigo de Jesús, Jesús es amigo de Bergoglio. Hoy estos amigos están juntos con el Padre.

Con el permiso de los lectores, no puedo, no quiero y no siento despedir Jorge o a Francisco, sin pensar en esa amistad para con quien escribe estas líneas. Amistad siempre inalcanzablemente asimétrica en términos de grandeza, de jerarquía y de espiritualidad. Terminó amigo, que el mismo en un reportaje publicado hace diez años en este periódico calificó como “sagrada”, y que él decidió utilizarla para conmigo. Un amigo, un hermano, un consejero, un padre espiritual, una guía en el camino del ecumenismo y quien me enseñó con su vida y sus palabras nuevas llaves hermenéuticas para releer y transitar los Evangelios. Un amigo que estuvo cerca, muy cerca de mi vida y la de mi familia en los buenos tiempos, pero especialmente en los de dolor, desamparo y enfermedad. Un amigo que me permitió tener en los últimos veinticinco



años un diálogo abierto, franco, sincero y trascendente. Un amigo que me abrió la puerta de parte de su familia en Buenos Aires para que pueda intentar ser puente de cercanía y ayuda.

Hoy despido a un amigo. Mi corazón de desangra en dolor, nostalgia y pena infinita. Mi fe cristiana me acerca el aceite de la esperanza en la vida eterna donde ahora descansa en la paz que sobrepasa todo entendimiento. “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Si, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras los siguen” (Apocalipsis 14,13). Las obras y el legado del amigo de Jesús lo seguirán por siempre. A nosotros, quienes el kairós de Dios nos regaló ser testigos presenciales de estos tiempos de gracias divina nos toca la enorme

responsabilidad y el privilegio de difundir, profundizar y enseñar ese legado testimonial y vivencial. ¡Queda muchísimo y buen trabajo por hacer querido amigo, mucho de lo que nos has dejado para acercar a las nuevas generaciones!

Pero hoy, querido amigo, déjame tomar un tiempo de reflexión, de búsqueda de consuelo, de recordar y extrañar una y otra vez tu voz, tus abrazos y tus miradas. Tu amigo que se quedó en el fin de mundo, con quien hicimos algunos “líos” en los medios de comunicación y compartimos diálogos siempre abiertos e inconclusos, necesita pedir a Dios caminar esta distancia con la esperanza de un reencuentro. Mientras tanto, solo puedo decirle al amigo de Jesús. ¡Muchas gracias de este humilde amigo protestante!

Buenos Aires despidió a Francisco con un abrazo simbólico a la Plaza de Mayo

SILVINA ORANGES

En un clima de emoción y respeto, una multitud de porteños despidió hoy al papa Francisco con una vigilia, una misa y un "abrazo simbólico" que se realizó alrededor de la histórica Plaza de Mayo.

La misa exequial por el eterno descanso de Francisco comenzó a las 10 de la mañana (las 15 de Roma) en un altar montado en el exterior de la Catedral metropolitana, apenas unas horas después del funeral que se desarrolló en el Vaticano con la presencia de importantes líderes mundiales.

La celebración fue presidida por el arzobispo de Buenos Aires, Jorge Ignacio García Cuerva, y concelebrada por los cuatro obispos auxiliares, monseñor Iván Dornelles, monseñor Alejandro Pardo, monseñor Alejandro Giorgi y monseñor Pedro Cannavó, además de otros obispos de las diócesis de la Argentina y sacerdotes de la arquidiócesis de Buenos Aires.

En la misa se leyó el Evangelio de San Marcos 16, 9-15, que relata la aparición de Jesús resucitado a María Magdalena y los discípulos, y se narra la exhortación a ir "por todo el mundo, anunciando la Buena Noticia a toda la creación".

En su homilía, monseñor García Cuerva, quien -fiel al estilo de Francisco- decidió no viajar al Vaticano para el funeral y quedarse en Buenos Aires para acompañar a los fieles porteños, expresó: "El evangelio de hoy nos dice que los que habían acompañado a Jesús estaban afligidos y lloraban. Como nosotros hoy, lloramos porque no queremos que la muerte gane, lloramos porque se murió el padre de todos, lloramos porque ya sentimos en el corazón su ausencia física, lloramos porque nos sentimos huérfanos, lloramos porque no terminamos de comprender ni de dimensionar su liderazgo

mundial, lloramos porque ya lo extrañamos mucho".

"No queremos que nos pase lo que cantaba Carlos Gardel en uno de sus tangos:

Las lágrimas taimadas, se niegan a brotar, Y no tengo el consuelo, de poder llorar"; dijo citando al ícono del tango argentino.

En otro fragmento de su sermón, el arzobispo porteño expresó que Francisco, "como buen padre, fue padre de todos, pero especialmente se ocupó de los más frágiles, tuvo predilección por los últimos, por los marginados, por los enfermos, por los descartables de esta sociedad; un corazón de pastor al modo del corazón de Jesús, siempre disponible para la escucha y el perdón, invitándonos también a nosotros a comprometernos con los que sufren".

Luego, García Cuerva propuso a los fieles "mirar el frontispicio de la catedral donde Jorge Bergoglio fue arzobispo desde 1998. Allí está representado el episodio bíblico del encuentro del patriarca Jacob con su hijo José. Buenos Aires venía a reconciliarse con la Confederación Argentina en fraterno pacto de unión

rubricado en San José de Flores, en 1859. Esta escena fue elegida con la intención de perpetuar a través del arte, la reconciliación nacional alcanzada".

"Hoy quisiera que volvamos allí nuestra mirada e imaginemos el abrazo que nos

debemos los argentinos, el abrazo que negamos al que piensa distinto, o al que tiene otras costumbres o modo de vivir, el abrazo que no compartimos con los que sufren, incluso los abrazos que no nos pudimos dar durante la pandemia", añadió.

"Como pueblo queremos darle a Francisco un gran abrazo y decirle: gracias,

perdón y te queremos mucho. Pero



Fotografía de Enrique Cangas

también sabemos, como dije, que nos debemos muchos abrazos entre nosotros; por eso hagámosle el mejor de los regalos al Papa, el padre de todos, comprometiéndonos a hacer un pacto de concretar como Iglesia y sociedad su magisterio, y así, definitivamente vivir la tan anhelada fraternidad entre los argentinos", concluyó su homilía.

Previo a la misa, jóvenes porteños de movimientos sociales se congregaron durante la madrugada en las escalinatas de la Catedral y realizaron una vigilia, con velas y antorchas, para seguir la transmisión oficial desde el Vaticano.

Columnas de sonido e imagen fueron instaladas a lo largo de la tradicional Avenida de Mayo, así como pantallas gigantes para que la masiva concurrencia de fieles pudiera seguir las celebraciones.

Una vez terminada la misa, se realizó el gesto del abrazo de Francisco al pueblo argentino y una gran imagen del Papa rodeó la tradicional Plaza de Mayo. Fue una emotiva procesión, una caravana en acción de gracias por la vida del hombre que nació en el barrio de Flores de esta ciudad un 17 de diciembre de 1936.

Participaron de la ceremonia autoridades del gobierno nacional, provincial y de la ciudad de Buenos Aires. También estuvieron presentes delegaciones de la Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Economía Popular (UTEP) y los gremios de la Confederación General del Trabajo (CGT), así como representantes de otros credos.

La última vez que Bergoglio pisó la Plaza de Mayo fue el 26 de febrero

SIGUE EN LA PÁGINA 44

Un recorrido por las cuatro encíclicas de Francisco

El íter de un Pontificado

ARTURO LÓPEZ

Banderas del Vaticano a media asta, en la puerta del *Portone di Bronzo*, la bandera de la Guardia Suiza «la que utilizan en festividades y fechas importantes, ondea izada con un moño negro. Por los pasillos y áreas abiertas del Vaticano se respira silencio. El Papa que eligió llamarse Francisco, ha muerto.

Se podría analizar el este Pontificado desde tantos puntos de vista, filosófico, teológico o pastoralmente, sobre todo desde esta última perspectiva dado que todos estos años Mario Bergoglio, el obispo de Roma, ofreció siempre un rostro

cuentro con Dios en el *supra se*, para esta última parte del *supra se*, no correspondería una encíclica y sería hermoso pensar que esa etapa la realizó al final de su vida gracias a lo que vivió y escribió en esta su vida terrenal. Su primera encíclica sería como el preámbulo de este *iter* o camino hacia Dios (*Lumen fidei*). La fe, que abraza a todo el hombre en su dimensión también racional, gracias a su «deseo de verdad y claridad».

San Bonaventura repetían con el salmista «Beato el hombre que cuya ayuda depende de ti, y que puso en ya en este lugar el valle de lágrimas pusiste el deseo de subir hacia

ral de Francisco comienza con la fe. Y no podía ser de otro modo. Todo cristiano que “emprende un camino” comienza desde aquí, a la luz de fe. Su primera encíclica *Lumen Fidei*, fue, por tanto, una primera indicación, pues «es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe» en todas sus facetas.

Una vez que entras en esa sintonía con Dios, en esa sensibilidad por las cosas de Dios, es entonces cuando se puede apreciar la belleza de Dios en el mundo, en la naturaleza (*Laudato si'*), se trata, por tanto «del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad». Para Bonaventura



cercano a la gente, cercano a los marginados, a los últimos. Se podría hablar de un Papa que dedicó su vida a la construcción de la paz, etc. Sin embargo parece interesante ver el conjunto de las encíclicas entorno a esa visión de san Bonaventura, de ese esfuerzo por ver a Dios *extra se*, (*Laudato si'*; *Fratelli tutti*) fuera de sí en las cosas creadas; *intra se*, (*Dilexit nos*) en el interior de cada hombre, para poder vivir ese en-

ti. Pues la beatitud consiste precisamente en la fruición del bien supremo. Así pues, el sumo bien está por encima de nosotros y nada puede conducirnos a la beatitud si no es ascendiendo por encima de nosotros, no con un ascenso del cuerpo, sino del corazón».

Y es precisamente en este texto donde se puede seguir el derrotero del *iter* dejado por Francisco en sus cuatro encíclicas: El camino pasto-

era el momento del *extra se*, el mirar hacia afuera, hacia ese “templo de la divinidad”, como llamaba a la naturaleza Pico de la Mirándola, en su «De hominis dignitate». Esta última encíclica le inspiró posteriormente «para dedicar esta nueva encíclica a la fraternidad y a la amistad social». Se trata de descubrir a Dios no sólo en las cosas creadas, sino también y sobre todo en los «pobres, los abandonados,



los enfermos, los descartados, los últimos» (*Fratelli tutti*). Capaces «de ir más allá de las distancias de procedencia, nacionalidad, color o religión», buscando el amor fraterno «en su dimensión universal»

Y una vez visto las huellas de Dios en los demás, el paso posterior se traslada a la esfera íntima, al corazón. Y dado que algunos se preguntan, escribía Francisco, si al día de hoy este símbolo del corazón «tiene un significado válido», resulta, sin duda, necesario «recuperar la importancia del corazón», sobre todo cuando nos «asalta la tentación de navegar por la superficie, de vivir corriendo sin saber fi-

nalmente para qué, de convertirnos en consumistas insaciables y esclavizados por los engranajes de un mercado al cual no le interesa el sentido de nuestra existencia» (*Dilexit nos*).

El corazón, por tanto, sería esa dimensión sublime e íntima a la vez, donde hace uno acopio de lo bello experimentado en las cosas terrenas, en las cosas creadas en todas las creaturas, permaneciendo siempre abiertos: a la voz de Dios, a la voz de los demás, constituyéndose en un creyente capaz de trascendencia.

No es de extrañar que a lo largo de su Pontificado, nos pusiera siem-

pre en alerta contra los dos grandes peligros que cortarían o incluso viciarían este camino de esta ascensión, esa mirada hacia arriba: el pelagianismo y el gnosticismo.

Pelagianismo que nos hace autosuficientes y autocomplacientes con la certeza que nos bastan únicamente nuestras fuerzas para salvarnos, donde no necesitaríamos la ayuda de Dios o la luz que pudiera irradiar en este paso fugaz por la vida terrena, en pocas palabras nos erige en dioses en lugar de Dios.

Y el gnosticismo, que en definitiva negaría el potencial de nuestra razón y nuestra naturaleza para descubrir a Dios, con la ayuda de la fe y las virtudes teologales sin cancelar nuestra naturaleza. El gnosticismo impone en el lugar de la fe una confianza ciega en doctrinas, inducidas por un pseudo maestro, negando así el espacio de la gracia y de la intervención espontánea de Dios en el interior del hombre. El cristiano no es un conjunto de normas o doctrinas, es mucho más que eso.

No podemos cerrar esta reflexión sin elevar la oración que este grande Papa nos dejó en *Fratelli tutti*:

Que nuestro corazón se abra a todos los pueblos y naciones de la tierra,

para reconocer el bien y la belleza que sembraste en cada uno, para estrechar lazos de unidad, de proyectos comunes,

de esperanzas compartidas. Amén. Y pedir con la misma intensidad con que lo hacía Francisco que «Jesucristo que de su Corazón santo broten para todos nosotros esos ríos de agua viva que sanen las heridas que nos causamos, que fortalezcan la capacidad de amar y de servir, que nos impulsen para que aprendamos a caminar juntos hacia un mundo justo, solidario y fraterno. Eso será hasta que celebremos felizmente unidos el banquete del Reino celestial. Allí estará Cristo resucitado, armonizando todas nuestras diferencias con la luz que brota incesantemente de su Corazón abierto. Bendito sea».

Homilía del domingo de Resurrección



Por eso la fe pascual, que nos abre al encuentro con el Señor Resucitado y nos dispone a acogerlo en nuestra vida, está lejos de ser una solución estática o un instalarse tranquilamente en alguna seguridad religiosa

María Magdalena, al ver que la piedra del sepulcro había sido retirada, salió corriendo para avisárselo a Pedro y a Juan. También los dos discípulos, al recibir la desconcertante noticia, salieron y —dice el Evangelio— «corrían los dos juntos» (Jn 20,4). ¡Todos los protagonistas de los relatos pascuales corren! Y este “correr” expresa, por un lado, la preocupación de que se hubieran llevado el cuerpo del Señor; pero, por otro lado, la carrera de la Magdalena, de Pedro y de Juan manifiesta el deseo, el impulso del corazón, la actitud interior de quien se pone en búsqueda de Jesús. Él, de hecho, ha resucitado de entre los muertos y, por eso, ya no está en el sepulcro. Hay que buscarlo en otra parte.

Este es el anuncio de la Pascua: hay que buscarlo en otra parte. ¡Cristo ha resucitado, está vivo! La muerte no lo ha podido retener, ya no está envuelto en el sudario, y por tanto no se le puede encerrar en una bonita historia que contar, no se le puede reducir a un héroe del pasado ni pensar en Él como una estatua colocada en la sala de un museo. Al contrario, hay que buscarlo, y por eso no podemos quedarnos inmóviles. Debemos ponernos en movimiento, salir a buscarlo: buscarlo en la vida, buscarlo en el rostro de los hermanos, buscarlo en lo cotidiano, buscarlo en todas partes menos en aquel sepulcro.

Buscarlo siempre. Porque si ha resucitado de entre los muertos, entonces Él está presente en todas partes, habita entre nosotros, se esconde y se revela también hoy en las hermanas y los hermanos que encontramos en el camino, en las situaciones más anónimas e imprevisibles de nues-



Hermanas, hermanos, en el asombro de la fe pascual, llevando en el corazón toda esperanza de paz y de liberación, podemos decir: contigo, Señor, todo es nuevo. Contigo, todo comienza de nuevo

tra vida. Él está vivo y permanece siempre con nosotros, llorando las lágrimas de quien sufre y multiplicando la belleza de la vida en los pequeños gestos de amor de cada uno de nosotros. Por eso la fe pascual, que nos abre al encuentro con el Señor Resucitado y nos dispone a acogerlo en nuestra vida, está lejos de ser una solución estática o un instalarse tranquilamente en alguna seguridad religiosa. Por el contrario, la Pascua nos impulsa al movimiento, nos empuja a correr como María Magdalena y como los discípulos; nos invita a tener ojos capaces de “ver más allá”, para descubrir a Jesús, el Viviente, como el Dios que se revela y que también hoy se hace presente, nos habla, nos precede y nos sorprende. Como María Magdalena, cada día podemos sentir que hemos perdido al Señor, pero cada día podemos correr a buscarlo de nuevo, sabiendo con seguridad que Él se deja encontrar y nos ilumina con la luz de su resurrección.

Hermanos y hermanas, esta es la esperanza más grande de nuestra vida: podemos vivir esta existencia pobre, frágil y herida, aferrados a Cristo, porque Él ha vencido a la muerte, vence nuestras oscuridades y vencerá las tinieblas del mundo, para hacernos vivir con Él en la alegría, para siempre. Hacia esa meta, como dice el apóstol Pablo, también nosotros corremos, olvidando lo que se queda a nuestras espaldas y proyectándonos hacia lo que está por delante (cf. Flp 3,12-14). Apresurémonos, pues, a salir al encuentro de Cristo, con el paso ágil de la Magdalena, de Pedro y de Juan. El Jubileo nos llama a renovar en nosotros el don de esta es-





peranza, a sumergir en ella nuestros sufrimientos e inquietudes, a contagiar con ella a quienes encontramos en el camino, a confiarle a esta esperanza el futuro de nuestra vida y el destino de la humanidad. Y por eso no podemos aparcarnos en las ilusiones de este mundo ni encerrarlo en la tristeza; debemos correr, llenos de alegría. Corramos al encuentro de Jesús, redescubramos la gracia inestimable de ser sus amigos. Dejemos que su Palabra de vida y de verdad ilumine nuestro camino. Como dijo el gran teólogo Henri de Lubac, «debe bastarnos con comprender esto: el cristianismo es Cristo. No es, en verdad, otra cosa. En Jesucristo lo tenemos todo» (Las responsabilidades doctrinales de los católicos en el mundo de hoy, Madrid 2022, 254).

Y este “todo”, que es Cristo resucitado, abre nuestra vida a la esperanza. Él está vivo, Él quiere renovar también hoy nuestra vida. A Él, vencedor del pecado y de la muerte, le queremos decir: “Señor, en la fiesta que hoy celebramos te pedimos este don: que también nosotros seamos nuevos para vivir esta perenne novedad. Límpianos, oh Dios, del polvo triste de la costumbre, del cansancio y del desencanto; danos la alegría de despertarnos, cada mañana, con ojos asombrados al ver los colores inéditos de ese amanecer, único y distinto a todos los demás. [...] Todo es nuevo, Señor, y nada se repite, nada es viejo.” (cf. A. Zarri, Quasi una preghiera).

Hermanas, hermanos, en el asombro de la fe pascual, llevando en el corazón toda esperanza de paz y de liberación, podemos decir: contigo, Señor, todo es nuevo. Contigo, todo comienza de nuevo.

Hermanas, hermanos, en el asombro de la fe pascual, llevando en el corazón toda esperanza de paz y de liberación, podemos decir: contigo, Señor, todo es nuevo. Contigo, todo comienza de nuevo.





¡Volvamos a esperar que la paz sea posible!

El mensaje Urbi et Orbi

Publicamos, a continuación, el texto del Mensaje de Pascua del Papa Francisco a la ciudad y al mundo, leído la mañana del 20 de abril, Domingo de Pascua, por Mons. Diego Giovanni Ravelli, Maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias.

Cristo ha resucitado, ¡aleluya!

Hermanos y hermanas, ¡feliz Pascua!

Hoy en la Iglesia resuena finalmente el aleluya, se transmite de boca en boca, de corazón a corazón, y su canto hace llorar de alegría al pueblo de Dios en todo el mundo.

Desde el sepulcro vacío de Jerusalén llega hasta nosotros el sorprendente anuncio: Jesús, el Crucificado, «no está aquí, ha resucitado» (Lc 24,6). No está en la tumba, ¡es el viviente!

El amor venció al odio. La luz venció a las tinieblas. La verdad venció a la mentira. El perdón venció a la venganza. El mal no ha desaparecido de nuestra historia, permanecerá hasta el final, pero ya no tiene dominio, ya no tiene poder sobre quien acoge la gracia de este día.

Hermanas y hermanos, especialmente ustedes que están sufriendo el dolor y la angustia, sus gritos silenciosos han sido escuchados, sus lágrimas han sido recogidas, ¡ni una sola se ha perdido! En la pasión y muerte de Jesús, Dios ha cargado sobre sí todo el mal del mundo y con su infinita misericordia lo ha vencido; ha eliminado el orgullo diabólico que envenena el corazón del hombre y siembra por doquier violencia y corrupción. ¡El Cordero de Dios ha vencido! Por eso hoy exclamamos: «¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado!» (Secuencia pas-cual).

Sí, la resurrección de Jesús es el fundamento de la esperanza; a partir de este acontecimiento, esperar ya no es

una ilusión. No; gracias a Cristo crucificado y resucitado, la esperanza no defrauda. ¡Spes non confundit (cf. Rm 5,5)! Y no es una esperanza evasiva, sino comprometida; no es alienante, sino que nos responsabiliza.

Los que esperan en Dios ponen sus frágiles manos en su mano grande y fuerte, se dejan levantar y comienzan a caminar; junto con Jesús resucitado se convierten en peregrinos de esperanza, testigos de la victoria del Amor, de la potencia desarmada de la Vida.

¡Cristo ha resucitado! En este anuncio está contenido todo el sentido de nuestra existencia, que no está hecha para la muerte sino para la vida. ¡La Pascua es la fiesta de la vida! ¡Dios nos ha creado para la vida y quiere que la humanidad resucite! A sus ojos toda vida es preciosa, tanto la del niño en el vientre de su madre, como la del anciano o la del enfermo, considerados en un número creciente de países como personas a descartar.

Cuánta voluntad de muerte vemos cada día en los numerosos conflictos que afectan a diferentes partes del mundo. Cuánta violencia percibimos a menudo también en las familias, contra las mujeres o los niños. Cuánto desprecio se tiene a veces hacia los más débiles, los marginados y los migrantes.

En este día, quisiera que volviéramos a esperar y a confiar en los demás —incluso en quien no nos es cercano o proviene de tierras lejanas, con costumbres, estilos de vida, ideas y hábitos diferentes de los que a nosotros nos resultan más familiares—; pues todos somos hijos de Dios.

Quisiera que volviéramos a esperar en que la paz es posible. Que desde el Santo Sepulcro —Iglesia de la Resurrección—, donde este año la Pascua será celebrada el mismo día por los católicos y los ortodoxos, se irradie la

luz de la paz sobre toda Tierra Santa y sobre el mundo entero. Me siento cercano al sufrimiento de los cristianos en Palestina y en Israel, así como a todo el pueblo israelí y a todo el pueblo palestino. Es preocupante el creciente clima de antisemitismo que se está difundiendo por todo el mundo. Al mismo tiempo, mi pensamiento se dirige a la población y, de modo particular, a la comunidad cristiana de Gaza, donde el terrible conflicto sigue llevando muerte y destrucción, y provocando una dramática e indigna crisis humanitaria. Apelo a las partes beligerantes: que cese el fuego, que se liberen los rehenes y se preste ayuda a la gente, que tiene hambre y que aspira a un futuro de paz.

Recemos por las comunidades cristianas del Líbano y de Siria —este último país está afrontando un momento delicado de su historia—, que ansían la estabilidad y la participación en el destino de sus respectivas naciones. Exhorto a toda la Iglesia a acompañar con atención y con la oración a los cristianos del amado Oriente Medio.

Dirijo también un recuerdo especial al pueblo de Yemen, que está viviendo una de las peores crisis humanitarias “prolongadas” del mundo a causa de la guerra, e invito a todos a buscar soluciones por medio de un diálogo constructivo.

Que Cristo resucitado infunda el don pascual de la paz a la martirizada Ucrania y anime a todos los actores implicados a proseguir los esfuerzos dirigidos a alcanzar una paz justa y duradera.

En este día de fiesta pensemos en el Cáucaso Meridional y recemos para que se llegue pronto a la firma y a la actuación de un Acuerdo de paz definitivo entre Armenia y Azerbaiyán, que conduzca a la tan deseada reconciliación en la región.

Que la luz de la Pascua inspire propósitos de concordia en los Balcanes occidentales y sostenga a los actores políticos en el esfuerzo por evitar que se agudicen las tensiones y las crisis, como también a los aliados de la región en rechazar comportamientos peligrosos y desestabilizantes.

Que Cristo resucitado, nuestra esperanza, conceda paz y consuelo a los pueblos africanos víctimas de agresiones y conflictos, sobre todo en la República Democrática del Congo, en Sudán y Sudán del Sur, y sostenga a cuantos sufren a causa de las tensiones en el Sahel, en el Cuerno de África y en la Región de los Grandes Lagos, como también a los cristianos que en muchos lugares no pueden profesar libremente su fe.

Allí donde no hay libertad religiosa o libertad de pensa-



miento y de palabra, ni respeto de las opiniones ajenas, la paz no es posible.

La paz tampoco es posible sin un verdadero desarme. La exigencia que cada pueblo tiene de proveer a su propia defensa no puede transformarse en una carrera general al rearme. La luz de la Pascua nos invita a derribar las barreras que crean división y están cargadas de consecuencias políticas y económicas. Nos invita a hacernos cargo los unos de los otros, a acrecentar la solidaridad recíproca, a esforzarnos por favorecer el desarrollo integral de cada persona humana. Que en este tiempo no falte nuestra ayuda al pueblo birmano, atormentado desde hace años por con-

flictos armados, que afronta con valentía y paciencia las consecuencias del devastador terremoto en Sagaing, que ha causado la muerte de miles de personas y es motivo de sufrimiento para muchos sobrevivientes, entre los que se encuentran huérfanos y ancianos. Recemos por las víctimas y por sus seres queridos, y agradezcamos de corazón a todos los generosos voluntarios que están realizando actividades de socorro. El anuncio del alto el fuego por parte de los actores implicados en ese país es un signo de esperanza para todo Myanmar.

Hago un llamamiento a cuantos tienen responsabilidades políticas a no ceder a la lógica del miedo que aísla, sino a usar los recursos disponibles para ayudar a los necesitados, combatir el hambre y promover iniciativas que impulsen el desarrollo. Estas son las “armas” de la paz: las que construyen el futuro, en lugar de sembrar muerte.

Que nunca se debilite el principio de humanidad como eje de nuestro actuar cotidiano. Ante la crueldad de los conflictos que afectan a civiles desarmados, atacando escuelas, hospitales y operadores humanitarios, no podemos permitirnos olvidar que lo que está en la mira no es un mero objetivo, sino personas con un alma y una dignidad.

Y que en este Año jubilar, la Pascua sea también ocasión propicia para liberar a los prisioneros de guerra y a los presos políticos.

Queridos hermanos y hermanas:

En la Pascua del Señor, la muerte y la vida se han enfrentado en un prodigioso duelo, pero el Señor vive para siempre (cf. Secuencia pascual) y nos infunde la certeza de que también nosotros estamos llamados a participar en la vida que no conoce el ocaso, donde ya no se oirán el estruendo de las armas ni los ecos de la muerte. Encomendémonos a Él, porque sólo Él puede hacer nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5).

¡Feliz Pascua a todos!

Diez años de *Laudato si'* (2015-2025)

MAURIZIO GRONCHI*

La primera carta encíclica del Papa Francisco fue un texto admirable por su espíritu profético, su carácter universal y su impronta innovadora. Como atenta obra de discernimiento de los signos de los tiempos, la encíclica *Laudato si'* propone vías concretas y urgentes para el paso de la disgregación a la armonía entre las criaturas de nuestro planeta. Se trata del segundo paso magistral con el que el Papa dirige una palabra de aliento al mundo, después de que se ha dirigido a la Iglesia. Si la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* hacía referencia a la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, *Laudato si'* parece hacer eco a la *Populorum progressio*. Por eso, el Evangelio de la creación resuena en el mundo contemporáneo con acentos de igual espíritu profético, en el momento en el que la historia pide a la Iglesia interpretar los signos del tiempo presente. Con un toque de extraordinaria novedad, el Papa Francisco afirma: «En esta encíclica, intento especialmente entrar en diálogo con todos acerca de nuestra casa común» (n. 3). Mencionando la encíclica *Pacem in terris* de Papa Juan XXIII, el texto está dirigido «a cada persona que habita este planeta» (n. 3). En el contexto de este destino universal, el Papa expone el Evangelio de la creación (cap. II, nn. 62-100), mediante una mirada inclusiva capaz de abrazar a cada persona, ya sea cristiana, perteneciente a otra religión e incluso creyente. La Iglesia católica está abierta al diálogo con el pensamiento filosófico y las diferentes riquezas culturales de los



pueblos. En la sabiduría de los pasajes bíblicos se revela el misterio del universo, que en su imperfección requiere de desarrollo, cuyos sufrimientos corresponden a los dolores del parto. El aspecto teológico, que parece atraer menos la atención, merece ser atentamente considerado, desde el momento en el que a él se dedica el segundo capítulo, «referido a convicciones creyentes» (n. 62), dentro de un documento destinado a todas las personas de buena voluntad. De hecho, la elección de dirigir la atención a la luz que la fe ofrece, después de haber analizado el contexto actual, representa un significativo enfoque metodológico como fundamento del cuidado de la casa común. Dada la complejidad de la crisis ecológica, «las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad» (n. 63); por tanto, tiene derecho de ser escuchada la voz cultural y religiosa de los pueblos. Así somos introducidos en el misterio del universo que, recibiendo el nombre de creación, está comprendido de los creyentes como obra de Dios: «No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada» (n. 67). La naturaleza, encomendada por Dios al cuidado responsable del hombre, no tiene un carácter divino, se desmitifica,

ya que: «Él está presente en lo más íntimo de cada cosa sin condicionar la autonomía de su criatura, y esto también da lugar a la legítima autonomía de las realidades terrenas» (n. 80). Esto significa que, para los creyentes como para cada persona, existe una vocación dialógica originaria a la común responsabilidad hacia un mundo abierto a continuas evoluciones (cfr. n. 81), el cual, en su imperfección, necesita de desarrollo.

La perfección de la creación se mueve pues desde el principio hasta el final, o mejor, la obra del Padre no es solo la creación, sino también la construcción progresiva del universo, que va hacia un fin (cfr. Hebreos, 3, 4). En este plan hay un centro, Cristo, cuya perfección personal se logró a través de un proceso marcado por el sufrimiento (cfr. Hebreos, 5, 8-9). Por esta razón, el misterio de la cruz se convierte en parte integrantes del plan creativo, haciendo posible un espacio salvífico para la fragilidad de las criaturas, especialmente las discapacitadas y más vulnerables. «El fin último de las demás criaturas no somos nosotros. Pero todas avanzan, junto con nosotros y a través de nosotros, hacia el término común, que es Dios, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo» (n. 83). La mirada de Jesús sobre la creación, asumida en la perspectiva de la fe de Israel en el Creador, se dirige de forma nueva al Padre; con una ternura conmovedora, Él invita a sus discípulos a reconocer la relación paterna que Dios establece con las criaturas. Para la comprensión cristiana de la reali-

dad, el destino de la toda la creación está encerrada en el misterio de Cristo, presente en el origen de todas las cosas que el Resucitado envuelve misteriosamente y orienta a un destino de plenitud (cfr. n. 99). Un dato de gran importancia, al respecto, es la referencia al jesuita

Pierre Teilhard de Chardin, cuando escribe, en el n. 83: «El fin de la marcha del universo está en la plenitud de Dios, que ya ha sido alcanzada por Cristo resucitado, eje de la maduración universal», donde, en la nota 53, se añade la positiva mención de Teilhard por parte de los tres papas precedentes: «En esta perspectiva se sitúa la aportación del P. Teilhard de

Chardin; cf. Pablo VI, Discurso en un establecimiento químico-farmacéutico (24 febrero 1966): *Insegnamenti* 4 (1966), 992-993; Juan Pablo II, Carta al reverendo P. George V. Coyne (1 junio 1988): *Insegnamenti* 5/2 (2009), 60; Benedicto XVI, Homilía para la celebración de las Vísperas en Aosta (24 julio 2009): *L'Osservatore romano*, ed. semanal en lengua española (31 julio 2009), p. 3s. ». La segunda y más amplia referencia a Teilhard, el Papa Francisco la formuló con ocasión de la visita apostólica en Mongolia, refiriéndose a la dimensión cósmica de la Eucarística.

Para los cristianos, por tanto, la razón primera y última del amor por la creación, de la que

surge la armonía a través de la cruz, tiene un nombre corto y un rostro singular, oculto en el corazón del universo: Jesús. Como recordaba Pierre Teilhard de Chardin en *Comment je crois*, «en el Cosmos (para que tenga consistencia y funciones), debe haber, por construcción, un lugar privilegiado donde, como en una encrucijada universal, todo se ve, todo se percibe, todo se ordena, todo se anima, todo se toca. ¿No es éste un lugar maravilloso para situar (mejor aún, para reconocer) a Jesús?». Y proseguía: «Que Cristo surgiera en el campo de la experiencia humana por un solo instante, hace dos mil años, no podía impedirle ser el eje y la culminación de una maduración universal».

A partir de estos breves esbozos sobre los fundamentos teológicos de la encíclica, se comprende cómo el proyecto de una ecología integral se orienta hacia la búsqueda de nuevos modos para que toda la humanidad colabore responsablemente en el proyecto de armonía inscrito por Dios en la creación. Esta feliz intuición, resumida en la recurrente expresión «todo está conectado», pone de relieve un tema antiguo y universal, que hoy puede encontrar una amplia convergencia entre cristianos, religiones y culturas, ya que pertenece tanto al antiguo pensamiento griego heredado por Occidente, como a las religiones y filosofías de los pueblos del Extremo Oriente. La amplia mirada del Papa Francisco sobre el universo en el que gira la tierra que habitamos se basa en una promesa que alimenta nuestra esperanza: la complejidad está orientada hacia la armonía, éste es su origen y su destino, que para los cristianos tiene el nombre de Espíritu Santo.

**Pontificia Universidad Urbaniana*

Buenos Aires despidió a Francisco

VIENE DE LA PÁGINA 35

de 2013. Ese día abordó un avión que lo llevaría al cónclave para elegir al sucesor de Benedicto XVI. Cuando el Papa era Bergoglio, vivía en una pequeña habitación en el edificio del arzobispado, al lado de la Catedral.

Según cuentan sus colaboradores, solía caminar la Plaza de noche para ayudar a la gente que vivía en la calle y hacía abrir para ellos los baños del arzobispado. En esa misma plaza, en el año 2000, plantó un olivo como símbolo de paz y de diálogo entre las religiones y, desde esa misma plaza, tomaba el subte (metro) para visitar alguna parroquia de la ciudad o a sus predilectos, las villas y barrios populares.

Como parte de los homenajes, en la tarde del sábado, las comunidades de los Hogares de Cristo -una iniciativa que surgió a

instancias de Francisco para sacar a los jóvenes de las adicciones- realizaron una peregrinación por los "lugares del dolor" en la ciudad de Buenos Aires que solía recorrer Bergoglio, como la Casa Mama Antula, la plaza Constitución, el Hospital Borda, la Cárcel del Muñiz y la parroquia Virgen de Caacupé en la villa 21-24.

"Haremos memoria de sus palabras e imitaremos los gestos del entonces cardenal Bergoglio con quien aprendimos a ser una iglesia en salida, más parecida a un hospital de campaña que a otra cosa. Este pacto de amor a Francisco lo sostendremos de aquí en más, todos los años, como parte de su legado, e iremos también a otros espacios donde nos enseñó a ser Iglesia pobre para los pobres, como lo soñó siempre", explicó el Equipo de Sacerdotes de Barrios Populares y Villas de Argentina en la convocatoria.

La Fiesta de la Resurrección llena Cibeles de música y oraciones por el Papa Francisco

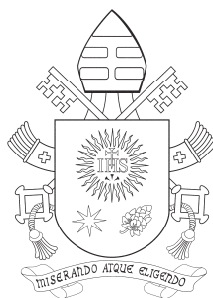
Más de 85 mil personas se congregaron en la madrileña Plaza de Cibeles, el viernes 26 de abril por la tarde, en un encuentro para celebrar la vida, vivir la fe con alegría y agradecer el Pontificado del Papa Francisco. La Fiesta de la Resurrección, celebrada por tercer año consecutivo y organizada por la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), batió el récord de asistencia de las ediciones anteriores. Tras conocer la noticia del fallecimiento del Papa Francisco, la organización del evento comunicó que la III Fiesta de la Resurrección se convertiría en una gran convocatoria de oración por el Santo Padre.

Jóvenes y familias enteras vivieron una jornada marcada por una propuesta musical que contó con artistas reconocidos a nivel nacional e internacional. Acompañado por monseñor José Antonio Álvarez, obispo auxiliar de Madrid, el presidente de la ACdP, Alfonso Bullón de Mendoza, recordó que, en 2023, en una audiencia con el Papa Francisco, explicaron la idea y propósito de esta fiesta y Francisco la “apoyó de manera entusiasta”. Y justo antes de que se celebra su primera edición, el Papa “mandó un cariñoso mensaje en el que decía: ‘canten al Señor, que su gozo lo conozca todo el mundo, imiten a Aquel que se sembró a sí mismo para manifestarnos la fuerza de su amor. Hagan de la Resurrección su canto... ¡Abarquen la tierra! Sean en ella un río que, al pasar cantando, sepa fecundar el solar baldío de la indiferencia del desamor’”.

El encuentro estuvo guiado por el presentador y locutor de Cadena 100, Javi Nieves y DJ Pulpo fue el encargado de animar la espera de los grandes artistas de esta edición. Pablo del Prado, ganador del concurso, “Música y Fe”, organizado por ACdP, fue el encargado de inaugurar el escenario. A continuación, actuó Kike Pavón, conocido como uno de los influencers religiosos y cantante de renombre internacional. Muy esperado también el momento de la actuación de dúo colombiano Cali & el Dandee, siendo ésta la primera ocasión en la que tocaban en España después de muchos años. Les siguieron Beret y Hakuna Group que hicieron bailar y disfrutar al público. El grupo andaluz Siempre así fueron los encargados del cierre del encuentro, con una Salve Rociera “para agradecer a Dios todo lo bueno de la vida”.







3 de abril de 2025

Llevar en el mundo al Espíritu fuente de paz

MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO A LOS
PARTICIPANTES EN LA PEREGRINACIÓN JUBILAR
DEL SERVICIO INTERNACIONAL DE LA
RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo a todos ustedes que, invitados por el Servicio Internacional de la Renovación Carismática Católica, celebran su Jubileo “en el corazón de la Iglesia”, elevando al Señor una vehemente oración de intercesión por el Pueblo de Dios y por el mundo entero.

Al hacer esto –según el movimiento propio del corazón en el cuerpo humano–, ustedes desean no sólo “concentrarse” en la Iglesia, sino al mismo tiempo abrirse a sus horizontes universales, asumiendo las intenciones del Papa, de modo especial aquella por la paz y la reconciliación. El Espíritu Santo, don del Señor resucitado, crea comunión, armonía y fraternidad. Esta es la Iglesia: una nueva humanidad reconciliada.

Queridos amigos, esta experiencia no es sólo para ustedes, ¡es para todos! Llénenla al mundo como fuente de esperanza y de paz. Sólo el Espíritu puede dar la verdadera paz al corazón humano, y esta es la condición para superar los conflictos en las familias, en la sociedad, en las

relaciones entre las naciones. Por eso, los exhorto a ser testigos y artesanos de paz y de unidad; a buscar siempre la comunión, comenzando por sus grupos y comunidades. Que el vínculo con sus responsables no sea nunca motivo de conflicto. Sientan el gusto de la colaboración, especialmente con las comunidades parroquiales, y el Señor los bendecirá con abundantes frutos.

Les agradezco su cercanía y los acompaño con mi bendición. Rezo por ustedes, y también ustedes, por favor, recen por mí.

Vaticano, 29 de marzo de 2025

FRANCISCO

*Plaza de San Pedro, Quinto domingo de Cuaresma, 6
de abril de 2025*

Afrontar juntos el sufrimiento nos hace más humanos

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÍDA POR
MONSEÑOR RINO FISICHELLA POR EL JUBILEO
DE LOS ENFERMOS Y DEL MUNDO DE LA SANIDAD

«Yo estoy por hacer algo nuevo: ya está germinando, ¿no se dan cuenta?» (Is 43,19). Son las palabras que Dios, a través del profeta Isaías, dirige al pueblo de Israel en el exilio de Babilonia. Para los israelitas es un momento difícil, parece que todo se hubiera perdido. Jerusalén fue conquistada y devastada por los soldados

del rey Nabucodonosor II y al pueblo, deportado, no le quedó nada. El horizonte aparece cerrado, el futuro oscuro, cualquier esperanza frustrada. Todo podría inducir a los exiliados a rendirse, a resignarse amargamente, a dejar de sentirse bendecidos por Dios.

Sin embargo, precisamente en este contexto, el Señor invita a acoger algo nuevo que está naciendo. No algo que sucederá en el futuro, sino que ya está ocurriendo, que está germinando como un brote. ¿De qué se trata? ¿Qué puede nacer, qué puede haber comenzado a brotar en un panorama desolador y desesperanzado como este?

Lo que está naciendo es un nuevo pueblo. Un pueblo que, derribadas las falsas seguridades del pasado, ha descubierto lo que es esencial, permanecer unidos y caminar juntos a la luz del Señor (cf. *Is* 2,5). Un pueblo que podrá reconstruir Jerusalén porque, lejos de la Ciudad Santa, con el templo ya destruido, sin poder celebrar las liturgias solemnes, ha aprendido a encontrar al Señor de otra forma, en la conversión del corazón (cf. *Jr* 4,4), en la práctica del derecho y la justicia, en el cuidado del pobre y necesitado (cf. *Jr* 22,3), en las obras de misericordia.

Es el mismo mensaje que, de un modo distinto, podemos captar en la perícopa evangélica (cf. *Jn* 8,1-11). También aquí hay una persona, una mujer cuya vida está destruida, no por un exilio geográfico, sino por una condena moral. Es una pecadora, y por ello lejana de la ley y condenada al ostracismo y a la muerte. Para ella tampoco parece que haya esperanza. Pero Dios no la abandona. Al contrario, justo en el momento en que sus verdugos recogen las piedras, precisamente allí, Jesús entra en su vida, la defiende y la rescata de esa violencia, dándole la posibilidad de comenzar una existencia nueva: «Vete» —le dice—, “eres libre”, “estás salvada” (cf. v. 11).

Con estas narraciones dramáticas y conmovedoras, la liturgia nos invita hoy a renovar, en el camino cuaresmal, la confianza en Dios, que está siempre presente, cerca de nosotros, para

salvarnos. No hay exilio, ni violencia, ni pecado, ni alguna realidad de la vida que pueda impedirle estar ante nuestra puerta y llamar, dispuesto a entrar apenas se lo permitamos (cf. *Ap* 3,20). Es más, especialmente cuando las pruebas se hacen más duras, su gracia y su amor nos abrazan con más fuerza para realzarnos.

Hermanas y hermanos, leemos estos textos mientras celebramos el Jubileo de los enfermos y del mundo de la sanidad, y ciertamente la enfermedad es una de las pruebas más difíciles y duras de la vida, en la que percibimos nuestra fragilidad. Esta puede llegar a hacernos sentir como el pueblo en el exilio, o como la mujer del Evangelio, privados de esperanza en el futuro. Pero no es así. Incluso en estos momentos, Dios no nos deja solos y, si nos abandonamos en Él, precisamente allí donde nuestras fuerzas decaen, podemos experimentar el consuelo de su presencia. Él mismo, hecho hombre, quiso compartir en todo nuestra debilidad (cf. *Flp* 2,6-8) y sabe muy bien qué es el sufrimiento (cf. *Is* 53,3). Por eso a Él le podemos presentar y confiar nuestro dolor, seguros de encontrar compasión, cercanía y ternura.

Pero no sólo eso; en su amor confiado, Él quiere comprometernos para que también nosotros podamos ser “ángeles” los unos para los otros, mensajeros de su presencia, hasta el punto que muchas veces, sea para quien sufre, sea para quien asiste, el lecho de un enfermo se puede transformar en un “lugar sagrado” de salvación y redención.

Queridos médicos, enfermeros y miembros del personal sanitario, mientras atienden a sus pacientes, especialmente a los más frágiles, el Señor les ofrece la oportunidad de renovar continuamente su vida, nutriéndola de gratitud, de misericordia y de esperanza (cf. Bula *Spes non confundit*, 11). Los llama a iluminarla con la humilde conciencia de que no hay que suponer nada y que todo es don de Dios; a alimentarla con esa humanidad que se experimenta cuando dejamos caer las máscaras y queda sólo lo que verdaderamente importa, los pequeños y gran-

des gestos de amor. Permitan que la presencia de los enfermos entre como un don en su existencia, para curar sus corazones, purificándolos de todo lo que no es caridad y calentándolos con el fuego ardiente y dulce de la compasión.

Queridos hermanos y hermanas enfermos, en este momento de mi vida comparto mucho con ustedes: la experiencia de la enfermedad, de sentirnos débiles, de depender de los demás para muchas cosas, de tener necesidad de apoyo. No es siempre fácil, pero es una escuela en la que aprendemos cada día a amar y a dejarnos amar, sin pretender y sin rechazar, sin lamentar y sin desesperar, agradecidos a Dios y a los hermanos por el bien que recibimos, abandonados y confiados en lo que todavía está por venir. La habitación del hospital y el lecho de la enfermedad pueden ser lugares donde se escucha la voz del Señor que nos dice también a nosotros: «Yo estoy por hacer algo nuevo: ya está germinando, ¿no se dan cuenta?» (*Is* 43,19). Y de esa manera renovar y reforzar la fe.

Benedicto XVI —que nos dio un hermoso testimonio de serenidad en el tiempo de su enfermedad— escribió que «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento» y que «una sociedad que no logra aceptar a los que sufren [...] es una sociedad cruel e inhumana» (Carta enc. *Spe salvi*, 38). Es verdad, afrontar juntos el sufrimiento nos hace más humanos y compartir el dolor es una etapa importante de todo camino hacia la santidad.

Queridos amigos, no releguemos al que es frágil, alejándolo de nuestra vida, como lamentablemente vemos que a veces suele hacer hoy un cierto tipo de mentalidad, no apartemos el dolor de nuestros ambientes. Hagamos más bien de ello una ocasión para crecer juntos, para cultivar la esperanza gracias al amor que Dios ha derramado, Él primero, en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5) y que, más allá de todo, es lo que permanece para siempre (cf. *1 Co* 13,8-10.13).

V Domingo de Cuaresma - 6 de abril de 2025

Callen las armas y se reanude el diálogo

TEXTO PREPARADO POR EL SANTO PADRE PARA
EL ÁNGELUS

Queridos hermanos y hermanas,
El Evangelio de este quinto domingo de Cuaresma nos presenta el episodio de la mujer sorprendida en adulterio (*Jn* 8,1-11). Mientras los escribas y fariseos quieren lapidarla, Jesús devuelve a esta mujer la belleza perdida: ella ha caído en el polvo; Jesús pasa su dedo sobre ese polvo y escribe para ella una nueva historia: es el «dedo de Dios», que salva a sus hijos (cf. *Éx* 8,15) y los libera del mal (cf. *Lc* 11,20).

Queridísimos, como durante la hospitalización, también ahora en la convalecencia siento el «dedo de Dios» y experimento su cariñosa caricia. En el día del Jubileo de los enfermos y del mundo de la sanidad, le pido al Señor que este toque de su amor llegue a los que sufren y anime a los que cuidan de ellos. Y rezo por los médicos, enfermeros y trabajadores sanitarios, que no siempre tienen las condiciones adecuadas para trabajar y, a veces, incluso son víctimas de agresiones. Su misión no es fácil y debe ser apoyada y respetada. Espero que se inviertan los recursos necesarios para la atención y la investigación, para que los sistemas sanitarios sean inclusivos y atiendan a los más frágiles y pobres.

Agradezco a las reclusas de la cárcel de mujeres de Rebibbia la tarjeta que me enviaron. Rezo por ellas y por sus familias.

En el Día Mundial del Deporte para la Paz y el Desarrollo, deseo que el deporte sea un signo de esperanza para tantas personas que necesitan paz e inclusión social, y doy las gracias a las asociaciones deportivas que educan concretamente en la fraternidad.

Sigamos rezando por la paz: en la martirizada Ucrania, golpeada por ataques que provocan muchas víctimas civiles, entre éstas muchos niños. Y lo mismo ocurre en Gaza, donde la gente se ve obligada a vivir en condiciones inimaginables, sin techo, sin comida, sin agua potable. Que callen las armas y se reanude el diálogo; que se libere a todos los rehenes y se socorra a la población. Recemos por la paz en todo Oriente Medio; en Sudán y Sudán del Sur; en la República Democrática del Congo; en Myanmar, duramente probado también por el terremoto; y en Haití, donde arrecia la violencia, que hace unos días mató a dos religiosas.

Que la Virgen María nos cuide e interceda por nosotros.

Valdocco, Turín, 16 de febrero - 12 de abril de 2025

Llevar a los jóvenes la pasión por Cristo

MENSAJE DEL PAPA A LOS PARTICIPANTES EN EL
XXIX CAPÍTULO GENERAL DE LA
CONGREGACIÓN SALESIANA

Queridos hermanos,
al no poder, lamentablemente, reunirme con ustedes, les envío este mensaje con motivo del XXIX Capítulo General de la Congregación Salesiana, y también del 150.º aniversario de la primera expedición misionera de Don Bosco a Argentina. Saludo al nuevo rector mayor, don Fabio Attard, deseándole un buen trabajo, y agradezco al cardenal Ángel Fernández Artime el servicio que ha prestado en estos años al Instituto y que ahora ofrece a la Iglesia universal.

Aunque a distancia, deseo animarlos a vivir con confianza y compromiso este tiempo de escucha del Espíritu y de discernimiento sinodal.

Han elegido como lema para sus trabajos: «Sa-

lesianos apasionados por Jesucristo y entregados a los jóvenes». Es un buen programa: ser «apasionados» y «entregados», dejarse involucrar plenamente por el amor del Señor y servir a los demás sin guardarse nada para sí, tal como hizo en su momento su Fundador. Aunque hoy, en comparación con entonces, los desafíos a los que hay que hacer frente han cambiado en parte, la fe y el entusiasmo siguen siendo los mismos, enriquecidos con nuevos dones, como el de la interculturalidad.

Queridos hermanos, les agradezco el bien que hacen en todo el mundo y los animo a continuar con perseverancia. Bendigo de corazón a ustedes y a sus trabajos capitulares, así como a los hermanos esparcidos por los cinco continentes, y les pido que recen por mí. Que María Auxiliadora los acompañe siempre.

Desde el Vaticano, 2 de abril de 2025.

FRANCISCO

Miércoles 9 de abril de 2025

El amor de Dios es gratuito

CATEQUESIS DEL SANTO PADRE PREPARADA PARA
LA AUDIENCIA GENERAL DEL 9 DE ABRIL DE 2025

Queridos hermanos y hermanas,
hoy nos detenemos en otro de los encuentros de Jesús narrados en los Evangelios. Esta vez, sin embargo, la persona que encuentra no tiene nombre. El evangelista Marcos la presenta simplemente como «un hombre» (10,17). Se trata de un hombre que desde joven ha observado los mandamientos, pero que, a pesar de ello, aún no ha encontrado el sentido de su vida. Lo está buscando. Quizá es alguien que no se ha decidido del todo, a pesar de parecer una persona comprometida. De hecho, más allá de las cosas que hacemos, de los sacrificios o de los éxitos, lo que realmente importa para ser feliz es lo que llevamos en el corazón. Si un barco debe zarpar y dejar el puerto para navegar en alta mar, aunque sea un barco maravilloso, con

una tripulación excepcional, si no leva los lastres y las anclas que lo mantienen sujeto, nunca podrá partir. Este hombre se construyó un barco de lujo, ¡pero se quedó en el puerto!

Mientras Jesús va por el camino, este hombre corre a su encuentro, se arrodilla ante Él y le pregunta: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?» (v. 17). Observemos los verbos: «¿Qué *debo hacer* para tener en herencia la vida eterna?». Como la observancia de la ley no le ha dado la felicidad y la seguridad de ser salvado, se dirige al maestro Jesús. Lo que llama la atención es que este hombre no conoce el vocabulario de la gratuidad. Todo parece debido. Todo es una obligación. La vida eterna es para él una herencia, algo que se obtiene por derecho, a través de una meticulosa observancia de los compromisos. Pero en una vida vivida así, aunque ciertamente a fin de bien, ¿qué espacio puede tener el amor?

Como siempre, Jesús va más allá de las apariencias. Si por un lado este hombre pone ante Jesús su buen currículum, Jesús va más allá y mira en su interior. El verbo que usa Marcos es muy significativo: «*lo miró con amor*» (v. 21). Precisamente porque Jesús mira en el interior de cada uno de nosotros, nos ama tal como somos realmente. ¿Qué habrá visto, de hecho, en el interior de esta persona? ¿Qué ve Jesús cuando mira en nuestro interior y nos ama, a pesar de nuestras distracciones y nuestros pecados? Ve nuestra fragilidad, pero también nuestro deseo de ser amados tal como somos.

Mirándolo en su interior – dice el Evangelio – «*lo miró con amor*» (v. 21). Jesús ama este hombre antes de haberle dirigido la invitación a seguirlo. Lo ama tal como es. El amor de Jesús es gratuito: exactamente lo contrario de la lógica del mérito que atormentaba a esta persona. Somos realmente felices cuando nos damos cuenta de que somos amados así, gratuitamente, por gracia. Y esto también vale en las relaciones entre nosotros: mientras intentemos comprar el amor o mendigar afecto, esas relaciones nunca harán que nos sintamos felices.

La propuesta que Jesús le hace a este hombre

es cambiar su forma de vivir y de relacionarse con Dios. Jesús reconoce que, dentro de él, como en todos nosotros, hay algo que falta. Es el deseo que llevamos en el corazón de ser queridos. Hay una herida que nos pertenece como seres humanos, la herida a través de la cual puede pasar el amor.

Para llenar este vacío no hay que «comprar» reconocimiento, afecto, consideración; en cambio, hay que «vender» todo lo que nos pesa, para liberar nuestro corazón. No sirve de nada seguir quedándonos con las cosas, sino más bien dar a los pobres, poner a disposición, compartir. compartir.

Finalmente, Jesús invita a este hombre a no quedarse solo. Lo invita a seguirlo, a estar dentro de un vínculo, a vivir una relación. Solo así, de hecho, será posible salir del anonimato. Podemos escuchar nuestro nombre solo dentro de una relación, en la que alguien nos llama. Si nos quedamos solos, nunca oiremos pronunciar nuestro nombre y seguiremos siendo «alguien», anónimos. Quizá hoy, precisamente porque vivimos en una cultura de autosuficiencia e individualismo, nos descubrimos más infelices, porque ya no oímos pronunciar nuestro nombre por alguien que nos quiere gratuitamente.

Este hombre no acoge la invitación de Jesús y se queda solo, porque los lastres de su vida lo retienen en el puerto. La tristeza es la señal de que no ha logrado partir. A veces pensamos que son riquezas y, en cambio, son solo pesos que nos están bloqueando. La esperanza es que esta persona, como cada uno de nosotros, tarde o temprano pueda cambiar y decidir ir a alta mar.

Hermanas y hermanos, encomendemos al Corazón de Jesús a todas las personas tristes e indecisas, para que puedan sentir la mirada de amor del Señor, que se conmueve al mirar con ternura dentro de nosotros.

Roma, 12-20 de abril de 2025

Caminar con entusiasmo en la fe

en la esperanza y en la caridad

MENSAJE DEL PAPA A LOS JÓVENES
PARTICIPANTES EN EL CONGRESO INTERNACIONAL
UNIV 2025

Queridos jóvenes:

El Congreso Internacional UNIV que están realizando en Roma los reúne estos días en la celebración de un doble acontecimiento jubilar: el Año Santo 2025 y el centenario de ordenación sacerdotal de san Josemaría Escrivá. ¡Cuántos motivos para dar gracias a Dios y seguir caminando entusiastas en la fe, diligentes en la caridad y perseverantes en la esperanza (cf. 1 Ts 1,3)!

Me uno a su alegría y los acompaño con mi oración, pidiendo al Señor que este tiempo de peregrinación y encuentro fraterno los impulse a llevar a todos el Evangelio de Jesucristo, muerto y resucitado, como anuncio de la esperanza que realiza las promesas, conduce a la gloria y, fundamentada en el amor, no defrauda (cf. Bula *Spes non confundit*, 2).

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Y les pido, por favor, que no se olviden de rezar por mí.

Fraternalmente,

Roma, San Juan de Letrán, 8 de abril de 2025

FRANCISCO

Plaza de San Pedro, Domingo, 13 de abril de 2025

Ver al Señor en los rostros desgarrados por conflictos y miseria

HOMILÍA DEL PAPA LEÍDA POR EL CARDENAL
LEONARDO SANDRI EN LA CELEBRACIÓN DEL

DOMINGO DE RAMOS Y DE LA PASIÓN DEL
SEÑOR

«¡Bendito sea el Rey que viene en nombre del Señor!» (Lc 19,38). De este modo la multitud aclama a Jesús al entrar en Jerusalén. El Mesías atraviesa la puerta de la ciudad santa, abierta de par en par para recibir a Aquel que, pocos días después, saldrá de allí proscrito y condenado, cargado con la cruz.

Hoy también nosotros hemos seguido a Jesús, primero acompañándolo festivamente y después en una vía dolorosa, inaugurando la Semana Santa que nos prepara a celebrar la pasión, muerte y resurrección del Señor.

Mientras contemplamos, entre la multitud, los rostros de los soldados y las lágrimas de las mujeres, llama nuestra atención un desconocido, cuyo nombre entra en el Evangelio de improviso: Simón de Cirene. Este hombre fue detenido por los soldados, que «lo cargaron con la cruz, para que la llevara detrás de Jesús» (Lc 23,26). Él regresaba en ese momento del campo, pasaba por ahí, y se vio envuelto en una situación inquietante, como el pesado madero cargado sobre sus espaldas.

De camino hacia el Calvario, reflexionemos un momento sobre el *gesto* de Simón, busquemos su *corazón*, sigamos sus *pasos* junto a Jesús.

En primer lugar, su *gesto*, que tiene un doble significado. Por un lado, en efecto, el Cireneo es forzado a llevar la cruz; no ayuda a Jesús por convicción sino por obligación. Por otro lado, se encuentra en primera persona participando en la pasión del Señor. La cruz de Jesús se convierte en la cruz de Simón. Pero no de aquel Simón llamado Pedro que había prometido seguir siempre al Maestro. Ese Simón había desaparecido en la noche de la traición, después de haber afirmado: «Señor [...], estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte» (Lc 22,33). Detrás de Jesús no camina ya el discípulo, sino este cireneo. Sin embargo, el Maestro había enseñado claramente: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga» (Lc 9,23). Simón de Galilea dice, pero no

hace. Simón de Cirene hace, pero no dice; entre él y Jesús no hay ningún diálogo, no se pronuncia ninguna palabra. Entre él y Jesús sólo está el madero de la cruz.

Para saber si el Cireneo socorrió o detestó al exhausto Jesús, con el que debía compartir la pena; para entender si llevó o soportó la cruz, debemos mirar su *corazón*. Mientras el corazón de Dios está a punto de abrirse, traspasado por un dolor que revela su misericordia, el corazón del hombre permanece cerrado. No sabemos qué hay en el corazón del Cireneo. Pongámonos en su lugar: ¿sentiríamos rabia o piedad, tristeza o fastidio? Si recordamos lo que hizo Simón por Jesús, recordemos también lo que hizo Jesús por Simón —como lo hizo por mí, por ti, por cada uno de nosotros—: redimió al mundo. La cruz de madera, que el Cireneo sostiene, es la de Cristo, que carga con el pecado de todos los hombres. La lleva por amor a nosotros, en obediencia al Padre (cf. *Lc* 22,42), sufriendo con nosotros y por nosotros. Este es precisamente el modo, inesperado y desconcertante, en el que el Cireneo se ve involucrado en la historia de la salvación, donde ninguno es extranjero, ninguno es ajeno.

Sigamos ahora los *pasos* de Simón, porque nos enseña que Jesús sale al encuentro de todos, en cualquier situación. Cuando vemos la multitud de hombres y mujeres que manifiestan odio y violencia en el camino del Calvario, recordemos que Dios transforma este camino en lugar de redención, porque lo recorrió dando su vida por nosotros. ¡Cuántos cireneos llevan la cruz de Cristo! ¿Los reconocemos? ¿Vemos al Señor en sus rostros, desgarrados por la guerra y la miseria? Frente a la atroz injusticia del mal, llevar la cruz nunca es en vano, más aún, es la manera más concreta de compartir su amor salvífico.

La pasión de Jesús se vuelve compasión cuando tendemos la mano al que ya no puede más, cuando levantamos al que está caído, cuando abrazamos al que está desconsolado. Hermanos, hermanas, para experimentar este gran milagro de la misericordia, decidamos durante la

Semana Santa cómo llevar la cruz; no al cuello, sino en el corazón. No sólo la nuestra, sino también la de aquellos que sufren a nuestro alrededor; quizá la de aquella persona desconocida que una casualidad —pero, ¿es justo una casualidad?— hizo que encontráramos. Preparémonos a la Pascua del Señor convirtiéndonos en cireneos los unos para los otros.

Domingo de Ramos, 13 de abril de 2025

El sufrimiento de las víctimas de la guerra es un grito al cielo

ÁNGELUS PREPARADO POR EL PAPA FRANCISCO

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Hoy, Domingo de Ramos, en el Evangelio hemos escuchado el relato de la Pasión del Señor según san Lucas (cf. *Lc* 22,14-23,56). Hemos escuchado a Jesús dirigirse varias veces al Padre: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (22,42); «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (23,34); «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (23,46). Indefenso y humillado, lo hemos visto caminar hacia la cruz con los sentimientos y el corazón de un niño agarrado al cuello de su padre, frágil en la carne, pero fuerte en el abandono confiado, hasta a dormirse, en la muerte, entre sus brazos.

Son sentimientos que la liturgia nos llama a contemplar y a hacer nuestros. Todos tenemos dolores, físicos o morales, y la fe nos ayuda a no ceder a la desesperación, a no cerrarnos en la amargura, sino a afrontarlos sintiéndonos arropados, como Jesús, por el abrazo providencial y misericordioso del Padre.

Hermanas y hermanos, os agradezco mucho por vuestras oraciones. En este momento de debilidad física me ayudan a sentir aún más la cercanía, la compasión y la ternura de Dios. Yo también rezo por vosotros y os pido que encomendéis conmigo al Señor a todos los que su-

fren, especialmente a los afectados por la guerra, por la pobreza o por los desastres naturales. En particular, que Dios acoja en su paz a las víctimas del derrumbe de un local en Santo Domingo, y sostenga a sus familiares.

El 15 de abril será el segundo triste aniversario del inicio del conflicto en Sudán, con miles de muertos y millones de familias forzadas a abandonar sus casas. El sufrimiento de los niños, de las mujeres y de las personas vulnerables grita al cielo y nos implora que actuemos. Renuevo mi llamamiento a las partes implicadas para que pongan fin a la violencia y emprendan caminos de diálogo y a la Comunidad internacional, para que a la población no le falten las ayudas esenciales.

Y recordemos también al Líbano, donde hace cincuenta años comenzó una trágica guerra civil: que con la ayuda de Dios pueda vivir en paz y prosperidad.

Que llegue por fin la paz a la martirizada Ucrania, a Palestina, Israel, la República Democrática del Congo, Myanmar, Sudán del Sur. Que María, Madre, Virgen de los Dolores, nos conceda esta gracia y nos ayude a vivir con fe la Semana Santa.

15 de abril de 2025

El ministerio petrino

QUIRÓGRAFO DEL SANTO PADRE CON EL CUAL
ES REFORMADA LA PONTIFICIA ACADEMIA
ECLESIAÍSTICA

El ministerio petrino, al obrar en beneficio de toda la Iglesia, siempre ha manifestado su atención fraterna a las Iglesias locales y a sus pastores para que sintieran viva en todo momento esa comunión de verdad y de gracia que el Señor ha puesto como fundamento de su Iglesia.

En el servicio constante de llevar a los pueblos y a las Iglesias la cercanía del Papa, son puntos

de referencia los Representantes pontificios enviados a las diversas naciones y territorios. Ellos son custodios de esa solicitud que desde el centro se mueve hacia las periferias, para hacerlas partícipes del impulso misionero de la Iglesia, y después trasladarle al Romano Pontífice sus necesidades, reflexiones y aspiraciones. Incluso en los momentos en que pareciera que las sombras del mal han marcado cualquier acción con confusión y desconfianza, ellos son «el ojo atento y lúcido del Sucesor de Pedro sobre la Iglesia y sobre el mundo» (Francisco, *Discurso a los participantes en un Encuentro de Representantes pontificios*, 17 septiembre 2016). Llamados a hacer sentir, en el país donde son enviados, la presencia del Obispo de Roma «principio y fundamento perpetuo y visible de unidad así de los Obispos como de la multitud de los fieles» (Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 23), ejercen una acción pastoral que evidencia su espíritu sacerdotal, sus dotes humanas y sus capacidades profesionales.

La misión confiada a los diplomáticos del Papa aúna a esta acción, a la vez sacerdotal y evangelizadora, puesta al servicio de las Iglesias particulares, la representación ante las autoridades públicas. Una tarea que manifiesta el ejercicio efectivo de ese derecho nativo e independiente de legación también parte del oficio petrino, y que al realizarse exige observar las reglas del derecho internacional, fundamento de la vida de la Comunidad de las naciones (cf. Código de Derecho Canónico, can. 362). Nuestra época pone de manifiesto cómo este servicio ya no se limita a aquellos países donde el anuncio de la salvación ha afianzado la presencia de la Iglesia, sino que se realiza también en los territorios donde ésta es comunidad naciente; o en las instancias internacionales donde, mediante sus representantes, la Sede de Pedro permanece atenta a los debates, evalúa sus contenidos y, a la luz de la dimensión ética y religiosa que le es propia, ofrece una lectura sobre los grandes temas que involucran el hoy y el futuro de la familia humana.

Para desempeñar adecuadamente sus funciones, el diplomático debe comprometerse constantemente en un proceso formativo sólido y continuo. No es suficiente limitarse a la adquisición de conocimientos teóricos, sino que es necesario desarrollar un método de trabajo y un estilo de vida que le permitan comprender profundamente las dinámicas de las relaciones internacionales y hacerse apreciar en la interpretación de los logros y las dificultades que una Iglesia cada vez más sinodal debe afrontar. Sólo mediante una atenta observación de la realidad en continuo cambio y la adopción de un sano discernimiento es posible atribuir significado a los acontecimientos y proponer acciones concretas. En este contexto, cualidades como la cercanía, la escucha atenta, el testimonio, la actitud fraterna y el diálogo se revelan fundamentales. Tales cualidades deben conjugarse con la humildad y la mansedumbre, para que el presbítero y, en modo particular, el diplomático pontificio, pueda ejercitar el don del sacerdocio recibido a imagen de Cristo el Buen Pastor (cf. *Mt* 11,28-30; *Jn* 10,11-18).

Todo esto impone hoy una preparación más adecuada a las exigencias de los tiempos de aquellos eclesiásticos que, procedentes de las diversas diócesis del mundo, y habiendo ya adquirido la formación en ciencias sagradas y desarrollado una primera actividad pastoral, después de una cuidadosa selección, se preparan para proseguir su misión sacerdotal en el servicio diplomático de la Santa Sede. No se trata sólo de proporcionar una educación académica y científica con un nivel de alta calidad, sino de tener cuidado de que su acción será eclesial, llamada a la necesaria confrontación con la realidad de nuestro mundo «sobre todo en un tiempo, como el nuestro, caracterizado por rápidos, constantes y evidentes cambios en el campo de la ciencia y la tecnología» (Const. ap. *Veritatis Gaudium*, *Proemio*, 5).

Desde hace trescientos años desempeña esta función peculiar la Pontificia Academia Eclesiástica, institución que, superando los difíciles momentos determinados por la historia, se ha

confirmado como la “escuela diplomática de la Santa Sede”, formando generaciones de sacerdotes que han puesto su vocación al servicio del oficio petrino, prestando servicio en las Representaciones Pontificias y en la Secretaría de Estado. Para que esta pueda responder cada vez mejor a las finalidades que se le han conferido, siguiendo el ejemplo de mis Predecesores de venerada memoria, he decidido renovar su estructura y aprobar, en forma específica, el nuevo Estatuto, que es parte integrante de este acto.

Por tanto, constituyo la Pontificia Academia Eclesiástica en Instituto *ad instar Facultatis* para el estudio de las Ciencias Diplomáticas, ampliando así el número de las Instituciones análogas previstas por la Const. ap. *Veritatis Gaudium* (cf. *Normas Aplicativas*, 70).

Dotada de personalidad jurídica pública (cf. *Veritatis Gaudium*, Art. 62 § 3), la Academia se regirá por las normas comunes o particulares del ordenamiento canónico, a ella aplicables, y por otras disposiciones dadas por la Santa Sede para sus instituciones de educación superior (cf. *ibíd.*, *Normas Aplicativas*, Art. 1 § 1).

Por autoridad de la Santa Sede (cf. *Veritatis Gaudium*, Arts. 2 y 6; *Normas Aplicativas*, Art. 1) esta conferirá los grados académicos de Segundo y Tercer Ciclo en Ciencias Diplomáticas.

La Academia realizará su función en las formas más avanzadas hoy requeridas a la formación y a la investigación en el particular sector disciplinar de las ciencias diplomáticas, al que concurre el estudio de las disciplinas jurídicas, históricas, políticas, económicas, el de las lenguas en uso en las relaciones internacionales y la competencia científica. En tal renovación se cuidará de prever que los programas de enseñanza tengan una estrecha conexión con las disciplinas eclesiásticas, con el método de trabajo de la Curia Romana, con las necesidades de las Iglesias locales y más ampliamente con la obra de evangelización, la acción de la Iglesia y su relación con la cultura y la sociedad humana (cf. *ibíd.*, Art. 85; *Normas Aplicativas*, Art. 4). Son estos, en efecto, otros tantos elementos

constitutivos de la acción diplomática de la Sede Apostólica y de su capacidad de obrar, mediar, superar barreras y de esta manera desarrollar caminos concretos de diálogo y negociación para garantizar la paz, la libertad religiosa para todo creyente y el orden entre las naciones.

Además, dispongo que debido a su naturaleza de Institución académica designada a la peculiar formación de los diplomáticos pontificios y para las finalidades de sus programas de instrucción e investigación, la Pontificia Academia Eclesiástica sea, a todos los efectos, parte integrante de la Secretaría de Estado, en cuyo ámbito esta actúa y en cuya estructura se encuentra encuadrada a título especial (cf. Const. ap. *Praedicate Evangelium*, Art. 52 § 2).

Todo lo establecido con el presente Quirógrafo tiene inmediato, pleno y estable valor, no obstante cualquier disposición contraria, incluso siendo digna de especial mención.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 25 de marzo del año 2025,

Solemnidad de la Anunciación del Señor, decimotercero del Pontificado.

FRANCISCO

Miércoles, 16 de abril de 2025

La esperanza de los hijos en la puerta siempre abierta del Padre

CATEQUESIS DEL PAPA PREPARADA PARA LA
AUDIENCIA GENERAL

Queridos hermanos y hermanas:
después de haber meditado sobre los encuentros de Jesús con algunos personajes del Evangelio, quisiera detenerme, a partir de esta catequesis, en algunas parábolas. Como sabemos, son narraciones que retoman imágenes y situaciones de la realidad cotidiana. Por eso tocan también nuestra vida. Nos provocan. Y nos piden que tomemos posición: ¿dónde estoy yo en

esta narración?

Partamos de la parábola más famosa, aquella que todos recordamos tal vez desde que éramos pequeños: la parábola del padre y los dos hijos (Lc 15,1-3.11-32). En ella encontramos el corazón del Evangelio de Jesús, es decir, la misericordia de Dios.

El evangelista Lucas dice que Jesús cuenta esta parábola para los fariseos y los escribas, que murmuraban porque Él comía con los pecadores. Por eso se podría decir que es una parábola dirigida a aquellos que se han perdido, pero no lo saben y juzgan a los demás.

El Evangelio quiere entregarnos un mensaje de esperanza, porque nos dice que sea cual sea el lugar en el que nos hayamos perdido, sea cual sea el modo en el que nos hayamos perdido, ¡Dios viene siempre a buscarnos! Quizá nos hemos perdido como una oveja que se sale del camino para pastar la hierba, o se queda atrás por cansancio (cf. Lc 15,4-7). O acaso nos hemos perdido como una moneda que se cayó al suelo y ya no se encuentra, o bien alguien la puso en algún sitio y no recuerda dónde. O nos hemos perdido como los dos hijos de este padre: el más joven, porque se cansó de estar en una relación que sentía demasiado exigente; pero también el mayor se perdió, porque no basta con quedarse en casa si en el corazón hay orgullo y rencor.

El amor es siempre un compromiso, siempre hay algo que debemos perder para ir al encuentro del otro. Pero el hijo menor de la parábola solo piensa en sí mismo, como ocurre en ciertas etapas de la infancia y de la adolescencia. En realidad, vemos a muchos adultos así a nuestro alrededor, que no consiguen mantener una relación porque son egoístas. Se engañan pensando que pueden encontrarse a sí mismos y, en cambio, se pierden, porque solo cuando vivimos para alguien vivimos de verdad.

Este hijo menor, como todos nosotros, tiene hambre de afecto, quiere que le quieran. Pero el amor es un don precioso, hay que tratarlo con cuidado. Él, en cambio, lo desperdicia, se

malvende, no se respeta a sí mismo. Se da cuenta de ello en tiempos de escasez, cuando nadie se preocupa por él. El riesgo es que en esos momentos empecemos a mendigar afecto y nos aferremos al primer amo que se nos presenta.

Son estas experiencias las que hacen nacer en nuestro interior la convicción distorsionada de que solo podemos estar en una relación como sirvientes, como si tuviéramos que expiar una culpa o como si no pudiera existir el amor verdadero. De hecho, cuando el hijo menor toca fondo, piensa en volver a casa de su padre para recoger del suelo alguna migaja de afecto.

Solo quien nos quiere de verdad puede liberarnos de esta visión falsa del amor. En la relación con Dios vivimos precisamente esta experiencia. El gran pintor Rembrandt, en una famosa pintura, representó de manera maravillosa el regreso del hijo pródigo. Me llaman la atención, sobre todo, dos detalles: el joven tiene la cabeza rapada, como la de un penitente, pero también parece la cabeza de un niño, porque ese hijo está renaciendo. Y luego, las manos del padre: una masculina y otra femenina, para describir la fuerza y la ternura en el abrazo del perdón.

Pero es el hijo mayor el que representa a aquellos para quienes se cuenta la parábola: es el hijo que siempre se ha quedado en casa con el padre, y, sin embargo, estaba lejos de él, lejos con el corazón. Este hijo tal vez también hubiera querido irse, pero por miedo o por obligación se quedó allí, en esa relación. Sin embargo, cuando nos adaptamos en contra de nuestra voluntad, empezamos a acumular ira en nuestro interior y, tarde o temprano, esta ira estalla. Paradójicamente, al final es precisamente el hijo mayor el que corre el riesgo de quedarse fuera de casa, porque no comparte la alegría de su padre.

El padre también sale a su encuentro. No lo regaña ni lo llama al deber. Solo quiere que sienta su amor. Lo invita a entrar y deja la puerta abierta. Esa puerta permanece abierta también para nosotros. De hecho, este es el motivo de

la esperanza: podemos tener esperanza porque sabemos que el Padre nos espera, nos ve desde lejos y siempre deja la puerta abierta.

Queridos hermanos y hermanas, preguntémosnos entonces dónde estamos nosotros en este maravilloso relato. Y pidámosle a Dios Padre la gracia de poder encontrar nosotros también el camino para volver a casa.

Basílica de San Pedro, Jueves Santo, 17 de abril de 2025

Un Ministerio de Esperanza Sin Muros ni Aduanas

HOMILÍA DEL PAPA EN LA SANTA MISA CRISMAL
LEÍDA POR EL CARDENAL DOMENICO CALCAGNO

Queridos obispos y sacerdotes,
queridos hermanos y hermanas:

«El Alfa y la Omega [...], el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso» (Ap 1,8) es Jesús. Precisamente el Jesús que Lucas nos describe en la sinagoga de Nazaret, entre quienes lo conocen desde niño y ahora se maravillan de Él. La revelación —“apocalipsis” — se ofrece dentro de los límites del tiempo y del espacio: tiene como eje la carne, que sostiene la esperanza. La carne de Jesús y la nuestra. El último libro de la Biblia narra esta esperanza. Lo hace de forma original, disipando todos los miedos apocalípticos a la luz del amor crucificado. En Jesús se abre el libro de la historia y puede leerse.

También nosotros, sacerdotes, tenemos una historia: al renovar el Jueves Santo las promesas de la Ordenación, confesamos que sólo podemos leer esa historia desde Jesús de Nazaret. «Él nos amó y nos purificó de nuestros pecados, por medio de su sangre» (Ap 1,5), Él abre también el libro de nuestra vida y nos enseña a encontrar los pasajes que nos revelan su sentido y misión. Cuando dejamos que sea Él quien nos instruya, nuestro ministerio se convierte en

un ministerio de esperanza, porque en cada una de nuestras historias Dios inaugura un jubileo, es decir, un tiempo y un oasis de gracia. Preguntémonos: ¿estoy aprendiendo a leer mi vida? ¿Acaso tengo miedo de hacerlo?

Es todo un pueblo el que encuentra consuelo cuando el jubileo comienza en nuestra vida. Ojalá no sea una vez cada veinticinco años, sino en esa cercanía cotidiana del sacerdote con su gente, en la cual se cumplen las profecías de justicia y paz. «Hizo de nosotros un Reino sacerdotal para Dios, su Padre» (Ap 1,6): he aquí el Pueblo de Dios. Este reino de sacerdotes no se refiere sólo al clero. El «nosotros» que Jesús plasma es un pueblo cuyos límites no podemos ver, en el que caen los muros y las aduanas. Aquel que dice: «Yo hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5) ha rasgado el velo del templo y tiene preparada para la humanidad una ciudad-jardín, la nueva Jerusalén, cuyas puertas están siempre abiertas (cf. Ap 21,25). Así, Jesús lee y nos enseña a leer el sacerdocio ministerial como puro servicio al pueblo sacerdotal, que pronto habitará una ciudad sin necesidad de templo.

El año jubilar representa así, para nosotros los sacerdotes, un llamado específico a recomenzar bajo el signo de la conversión. Peregrinos de esperanza, para salir del clericalismo y convertirnos en anunciadores de esperanza. Claro, si el Alfa y la Omega de nuestra vida es Jesús, también nosotros encontraremos el rechazo que Él experimentó en Nazaret. El pastor que ama a su pueblo no vive en búsqueda de aprobación y consenso a toda costa. Sin embargo, la fidelidad del amor transforma: los primeros en reconocerlo son los pobres; luego, lentamente también inquieta y atrae a los demás. «Todos lo verán, aun aquellos que lo habían traspasado. Por él se golpearán el pecho todas las razas de la tierra. Sí, así será. Amén» (Ap 1,7).

Estamos aquí reunidos, queridos amigos, para hacer nuestra y repetir esta afirmación: «Sí, así será. Amén». Es la confesión de fe del Pueblo de Dios: «¡Sí, así es, firme como una roca!». Pasión, muerte y resurrección de Jesús, que nos

disponemos a revivir, son el terreno que sostiene firmemente a la Iglesia y, en ella, a nuestro ministerio sacerdotal. ¿Y qué terreno es este? ¿En qué *humus* podemos no sólo resistir, sino florecer? Para comprenderlo, hay que volver a Nazaret, como lo intuyó tan profundamente san Carlos de Foucauld.

«Jesús fue a Nazaret, donde se había criado; el sábado entró como de costumbre en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura» (Lc 4,16). Aquí se evocan al menos dos hábitos: el de frecuentar la sinagoga y el de leer. Nuestra vida se sostiene gracias a buenos hábitos. Estos pueden hacerse áridos, pero revelan dónde está nuestro corazón. El de Jesús es un corazón enamorado de la Palabra de Dios: desde los doce años ya se vislumbraba, y ahora, siendo un adulto, las Escrituras son su hogar. Ese es el terreno, el *humus* vital que encontramos al convertirnos en sus discípulos. «Le presentaron el libro del profeta Isaías y, abriéndolo, encontró el pasaje» (Lc 4,17). Jesús sabe lo que busca. El ritual de la sinagoga lo consentía: tras la lectura de la Torá, cada rabino podía elegir páginas proféticas para actualizar el mensaje. Pero aquí hay mucho más: está la página de su vida. Es lo que Lucas quiere decir: entre muchas profecías, Jesús escoge cuál cumplir.

Queridos sacerdotes, cada uno de nosotros tiene una Palabra que cumplir. Cada uno de nosotros tiene con la Palabra de Dios una relación que viene desde lejos. Y la ponemos al servicio de todos sólo cuando la Biblia sigue siendo nuestro primer hogar. Dentro de ella, cada uno tiene páginas más queridas. ¡Esto es hermoso e importante! Ayudemos también a que otros encuentren las páginas de su vida: tal vez a los esposos, cuando eligen las lecturas de su matrimonio; o a quienes están de luto y buscan pasajes para encomendar el difunto a la misericordia de Dios y a la oración de la comunidad. Hay una página vocacional, por lo general, al comienzo del camino de cada uno de nosotros. A través de ella, Dios nos sigue llamando, si la custodiamos, para que no se entibie el amor.

Sin embargo, también es importante para cada uno de nosotros, y de manera especial, la página escogida por Jesús. Nosotros lo seguimos a Él y, por eso mismo, su misión nos concierne e involucra. «Abriéndolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha consagrado por la unción.
Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres,
a anunciar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
a dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.
Jesús cerró el Libro, lo devolvió al ayudante y se sentó» (Lc 4,17-20).

Ahora nuestros ojos están fijados en Él. Acaba de anunciar un jubileo. Lo ha hecho no como quien habla de otros. Ha dicho: «El Espíritu del Señor está sobre mí» como uno que sabe de qué Espíritu está hablando. Y de hecho añade: «Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír». Esto es divino: que la Palabra se haga realidad. Ahora los hechos hablan, las palabras se cumplen. Esto es nuevo, es fuerte. «Yo hago nuevas todas las cosas». No hay gracia, ni Mesías, si las promesas permanecen sólo como promesas, si desde aquí abajo no se hacen realidad. Todo se transforma.

Este es el Espíritu que invocamos sobre nuestro sacerdocio: hemos sido ungidos con Él, y precisamente el Espíritu de Jesús permanece como protagonista silencioso de nuestro servicio. El pueblo percibe su soplo cuando en nosotros las palabras se hacen realidad. Los pobres, antes que otros, así como los niños, los adolescentes, las mujeres y también quienes han sido heridos en su relación con la Iglesia, tienen “olfato” para el Espíritu Santo: lo distinguen de otros espíritus mundanos, lo reconocen cuando coinciden en nosotros el anuncio y la vida. Podemos convertirnos en una profecía cumplida, ¡y eso es hermoso! El santo crisma, que hoy consagramos, sella este misterio transformador en las distintas etapas de la vida cris-

tiana. Y pongan atención, ¡nunca hay que desanimarse, porque es obra de Dios! ¡Creer, sí! ¡Creer que Dios no fracasa conmigo! Dios nunca falla. Recordemos aquella frase durante la Ordenación: “Que Dios mismo lleve a término esta obra buena que en ti ha comenzado”. Y lo hace.

Es obra de Dios, no nuestra, la de llevar a los pobres un mensaje de alegría, a los cautivos la liberación, a los ciegos la vista y la libertad a los oprimidos. Si Jesús encontró este pasaje en el libro, hoy lo sigue leyendo en la biografía de cada uno de nosotros. Primero porque, hasta el último día, es siempre Él quien nos evangeliza, quien nos libera de nuestras prisiones, quien nos abre los ojos, quien alivia la carga puesta sobre nuestros hombros. Y luego porque, al llamarnos a su misión y al insertarnos sacramentalmente en su vida, Él también libera a otros a través de nosotros. Generalmente, sin que nos demos cuenta. Nuestro sacerdocio se convierte en un ministerio jubilar, como el suyo, sin sonar el cuerno ni la trompeta; en una entrega silenciosa, pero radical y gratuita. Es el Reino de Dios, ese que narran las parábolas, eficaz y discreto como la levadura, silencioso como la semilla. ¿Cuántas veces los pequeños lo han reconocido en nosotros? ¿Somos capaces de dar gracias?

Sólo Dios sabe cuán abundante es la mies. Nosotros, obreros, vivimos el esfuerzo y la alegría de la cosecha. Vivimos después de Cristo, en el tiempo mesiánico. ¡Fuera la desesperación! El Pueblo de Dios espera más bien la restitución y la remisión de deudas, la redistribución de responsabilidades y de recursos. Quiere participar y, en virtud del Bautismo, es un gran pueblo sacerdotal. Los óleos que consagramos en esta solemne celebración son para su consolación y para la alegría mesiánica.

El campo es el mundo. Nuestra casa común, tan herida, y la fraternidad humana, tan negada pero imborrable, nos llaman a tomar posición. La cosecha de Dios es para todos: un campo vivo, donde crece cien veces más de aquello que fue sembrado. Que nos anime, en

la misión, la alegría del Reino, que recompensa todo esfuerzo. Todo agricultor, en efecto, conoce estaciones en las que no se ve nacer nada. Tampoco faltan en nuestra vida momentos así. Es Dios quien hace crecer y quien unge a sus siervos con óleo de alegría.

Queridos fieles, pueblo de la esperanza, recen hoy por la alegría de los sacerdotes. Que llegue a ustedes la liberación prometida por las Escrituras y alimentada por los sacramentos. Muchos miedos nos habitan y grandes injusticias nos rodean, pero un mundo nuevo ya ha surgido. Tanto amó Dios al mundo que nos dio a su Hijo, Jesús. Él unge nuestras heridas y enjuga nuestras lágrimas. «Él viene entre las nubes» (Ap 1,7). Suyo es el Reino y la gloria por los siglos. Amén.

Basílica de San Pedro, Sábado Santo, 30 de marzo de 2024

El triunfo de la luz sobre las tinieblas

VIGILIA PASCUAL EN LA NOCHE SANTA. HOMILÍA
PREPARADA POR EL PAPA FRANCISCO

Las mujeres van al sepulcro a la luz del amanecer, pero dentro de sí llevan aún la oscuridad de la noche. Aunque van de camino, siguen paralizadas, su corazón se ha quedado a los pies de la cruz. Su vista está nublada por las lágrimas del Viernes Santo, se encuentran inmovilizadas por el dolor, están encerradas en la sensación de que se ha terminado todo, y que el acontecimiento de Jesús ha sido ya sellado con una piedra. Y es precisamente la piedra la que está en el centro de sus pensamientos. Se preguntan: «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?» (Mc 16,3). Cuando llegan al lugar, sin embargo, la fuerza sorprendente de la Pascua las impacta: «al mirar —dice el texto—, vieron que la piedra había sido corrida; era una piedra muy grande» (Mc 16,4).

Detengámonos, queridos hermanos y hermanas, a considerar estos dos momentos, que nos llevan a la alegría inaudita de la Pascua: en primer lugar, las mujeres se preguntan angustiadas quién nos correrá la piedra, en segundo lugar, al mirar, ven que ya había sido corrida.

Para empezar —primer momento— está la pregunta que abrumba su corazón partido por el dolor: ¿quién nos correrá la piedra del sepulcro? Esa piedra representa el final de la historia de Jesús, sepultada en la oscuridad de la muerte. Él, la vida que vino al mundo, ha muerto; Él, que manifestó el amor misericordioso del Padre, no recibió misericordia; Él, que alivió a los pecadores del yugo de la condena, fue condenado a la cruz. El Príncipe de la paz, que liberó a una adúltera de la furia violenta de las piedras, yace en el sepulcro detrás de una gran piedra. Aquella roca, obstáculo infranqueable, era el símbolo de lo que las mujeres llevaban en el corazón, el final de su esperanza. Todo se había hecho pedazos contra esta losa, con el misterio oscuro de un trágico dolor que había impedido hacer realidad sus sueños.

Hermanos y hermanas, esto nos puede suceder también a nosotros. A veces sentimos que una lápida ha sido colocada pesadamente en la entrada de nuestro corazón, sofocando la vida, apagando la confianza, encerrándonos en el sepulcro de los miedos y de las amarguras, bloqueando el camino hacia la alegría y la esperanza. Son “escollos de muerte” y los encontramos, a lo largo del camino, en todas las experiencias y situaciones que nos roban el entusiasmo y la fuerza para seguir adelante; en los sufrimientos que nos asaltan y en la muerte de nuestros seres queridos, que dejan en nosotros vacíos imposibles de colmar; los encontramos en los fracasos y en los miedos que nos impiden realizar el bien que deseamos; los encontramos en todas las cerrazones que frenan nuestros impulsos de generosidad y no nos permiten abrirnos al amor; los encontramos en los muros del egoísmo y de la indiferencia, que repelen el compromiso por construir ciudades y sociedades más justas y dignas para el hombre;

los encontramos en todos los anhelos de paz quebrantados por la crueldad del odio y la ferocidad de la guerra. Cuando experimentamos estas desilusiones, tenemos la sensación de que muchos sueños están destinados a hacerse añicos y también nosotros nos preguntamos angustiados: ¿quién nos correrá la piedra del sepulcro? Y, sin embargo, aquellas mismas mujeres que tenían la oscuridad en el corazón nos testifican algo extraordinario: al mirar, vieron que la piedra había sido corrida; era una piedra muy grande.

Es la Pascua de Cristo, la fuerza de Dios, la victoria de la vida sobre la muerte, el triunfo de la luz sobre las tinieblas, el renacimiento de la esperanza entre los escombros del fracaso. Es el Señor, el Dios de lo imposible que, para siempre, hizo correr la piedra y comenzó a abrir nuestros corazones, para que la esperanza no tenga fin. Hacia Él, entonces, también nosotros debemos mirar.

Y ahora —el segundo momento— miremos a Jesús. Él, después de haber asumido nuestra humanidad, bajó a los abismos de la muerte y los atravesó con la potencia de su vida divina, abriendo una brecha infinita de luz para cada uno de nosotros. Resucitado por el Padre en su carne, que también es la nuestra con la fuerza del Espíritu Santo, abrió una página nueva para la humanidad. Desde aquel momento, si nos dejamos llevar de la mano por Jesús, ninguna experiencia de fracaso o de dolor, por más que nos hiera, puede tener la última palabra sobre el sentido y el destino de nuestra vida.

Desde aquel momento, si nos dejamos aferrar por el Resucitado, ninguna derrota, ningún sufrimiento, ninguna muerte podrá detener nuestro camino hacia la plenitud de la vida. Desde aquel momento, “nosotros los cristianos decimos que la historia tiene un sentido, un sentido que abraza todo, un sentido que no está contaminado por el absurdo y la oscuridad, un sentido que nosotros llamamos Dios. Hacia Él confluyen todas las aguas de nuestra transformación; estas no se hunden en los abismos de la nada y del absurdo porque su sepul-

cro está vacío y Él, que estaba muerto, se ha mostrado como viviente” (K. Rahner, *Che cos'è la risurrezione? Meditazione sul Venerdì santo e sulla Pasqua*, Brescia 2005, 33-35).

Hermanos y hermanas, Jesús es nuestra Pascua, Él es Aquel que nos hace pasar de la oscuridad a la luz, que se ha unido a nosotros para siempre y nos salva de los abismos del pecado y de la muerte, atrayéndonos hacia el ímpetu luminoso del perdón y de la vida eterna. Hermanos y hermanas, mirémoslo a Él, acogamos a Jesús, Dios de la vida, en nuestras vidas, renovémosle hoy nuestro “sí” y ningún escollo podrá sofocar nuestro corazón, ninguna tumba podrá encerrar la alegría de vivir, ningún fracaso podrá llevarnos a la desesperación.

Hermanos y hermanas, mirémoslo a Él y pidámosle que la potencia de su resurrección corra las rocas que oprimen nuestra alma. Mirémoslo a Él, el Resucitado, y caminemos con la certeza de que en el trasfondo oscuro de nuestras expectativas y de nuestra muerte está ya presente la vida eterna que Él vino a traer.

Hermana, hermano, deja que tu corazón estalle de júbilo en esta noche, en esta noche santa. Cantemos la resurrección de Jesús juntos: «Cantadlo, cantadlo todos, ríos y llanuras, desiertos y montañas [...] cantad al Señor de la vida que surge desde la tumba, más brillante que mil soles. Pueblos destruidos por el mal y golpeados por la injusticia, pueblos sin tierra, pueblos mártires, alejad en esta noche los cantores de la desesperación.

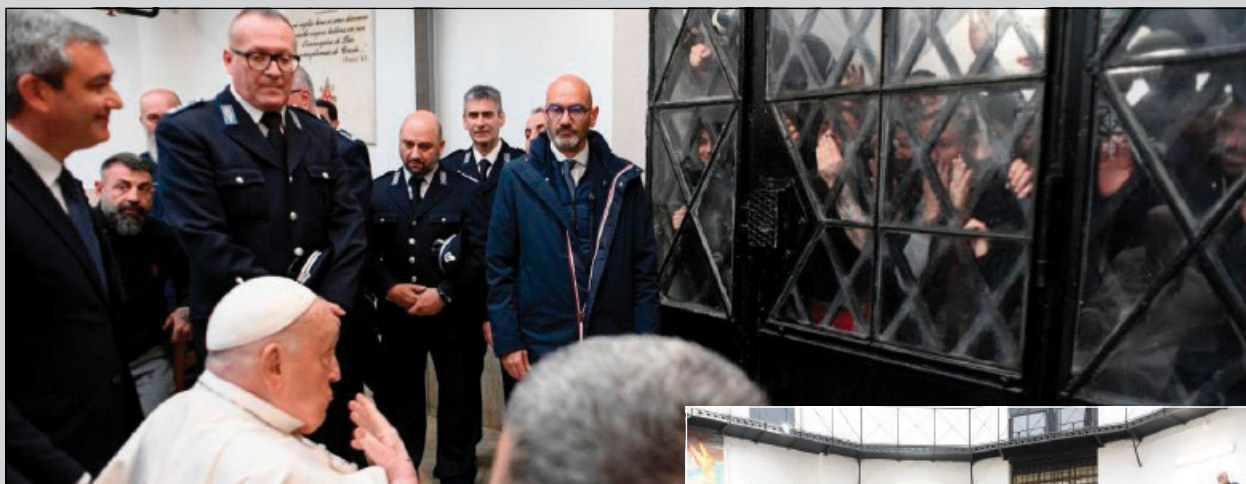
El varón de dolores ya no está en prisión, ha abierto una brecha en el muro, se da prisa por llegar hasta nosotros. Que nazca de la oscuridad el grito inesperado: está vivo, ha resucitado.

Y vosotros, hermanos y hermanas, pequeños y grandes [...] vosotros en el esfuerzo de vivir, vosotros que os sentís indignos de cantar [...] que una llama nueva atraviere vuestro corazón, que un frescor nuevo invada vuestra voz.

Es la Pascua del Señor —hermanos y hermanas— es la fiesta de los vivientes» (J-Y. Quéllec, *Dieu par la face nord*, Ottignies 1998, 85-86).

Visita del Papa a la cárcel romana de Regina Coeli en la tarde del Jueves Santo

En señal de cercanía



“Me gusta hacer cada año lo que hizo Jesús el Jueves Santo, el lavatorio de los pies, en la cárcel. Este año no puedo hacerlo, pero sí puedo y quiero estar cerca de vosotros. Rezo por vosotros y vuestras familias”. Con voz débil, aún menos audible por el ruido del entorno, el Papa Francisco quiso explicar el significado de su visita del Jueves Santo por la tarde a la prisión Regina Coeli. Tras pasar cerca de media hora en la penitenciaría romana, el Pontífice, aún convaleciente tras una larga estancia hospitalaria, no pudo celebrar allí la misa “in Coena Domini”, como tradicionalmente hace, renovando como Obispo de Roma una costumbre que inició en Buenos Aires. Sin embargo, quiso acompañar a los cerca de setenta reclusos de diversas nacionalidades que participan regularmente en las actividades y la catequesis organizadas por el capellán del instituto, el sacerdote franciscano conventual Vittorio Trani, a quienes recibe en la rotunda principal; pero también a todos los demás que permanecían tras las rejas. Escuchó confidencias, tocó o estrechó manos, firmó evangelios y libros de oración, animó y bendijo, e incluso lanzó besos. Siguiendo ese “estilo de Dios” que tantas veces ha indicado, hecho de cercanía, compasión y ternura, Bergoglio sigue caminando junto al Santo Pueblo fiel, sin excluir ni dejar a nadie atrás. A través de ese magisterio de gestos característico de su pontificado, que asume un valor aún más evidente en este período de sufrimiento físico, se hace presente sobre todo junto a los más marginados por la sociedad, confirmando, más aún, relanzando, un incansable dinamismo de proximidad para estar sobre todo con aquellos que más necesitan su cercanía.







El cardenal Krajewski lleva a Ucrania cuatro ambulancias donadas por Francisco

Cuatro ambulancias donadas con todo el instrumental médico necesario para salvar vidas humanas y destinadas a las zonas de guerra han sido donadas por el Papa a la «martirizada Ucrania», tres años después del inicio del conflicto, que para Francisco es un «aniversario doloroso y vergonzoso para la humanidad». El cardenal limosnero Konrad Krajewski, será el encargado de llevarlas, ayudado en esta décima misión por tres conductores del venidos al Vaticano precisamente desde Ucrania: el obispo Jan Sobilo, auxiliar de Kharkiv-Zaporizhia, don Wojciech Stasiewicz, director de Caritas-Spes de la misma diócesis, y don Tomasz Nadberezny, sacerdote que antes de la guerra desempeñaba su servicio en Melitopol, ahora ocupada por los rusos. El purpurado estuvo en el país también para estar con la gente tan probada por el conflicto, para rezar con ellos y ser expresión de proximidad del Pontífice. El don de Francisco es signo de la esperanza jubilar anclada en Cristo, en la Bula de convocación del Año Santo, *Spes*

non Confundit, el Papa de hecho escribe que, en la tragedia de la guerra, el primer signo de esperanza debería traducirse en la paz para el mundo. «La exigencia de la paz – se lee – interpela a todos e impone perseguir proyectos concretos».

En este tiempo de renacimiento pascual, el gesto de Francisco se convierte así en una verdadera luz en la oscuridad de un conflicto que aflige a todo el pueblo ucraniano.

Tercer encuentro del XVI Consejo ordinario de la Secretaría general del Sínodo

El proceso de acompañamiento y verificación de la fase de implementación del Sínodo: este es el centro del tercer encuentro del XVI Consejo ordinario de la Secretaría general del Sínodo que tuvo lugar el 7 de abril. Lo anunció en un comunicado difundido por la misma Secretaría general.

Para abrir el encuentro, un momento de oración por la salud del Papa Francisco, guiado por el benedictino camaldulense padre Matteo Ferrari, después el inició de la reflexión sobre el

“plan de trabajo” que el Consejo presentó al Pontífice al día siguiente de su último encuentro – que se celebró el pasado 10 de febrero – y que el Obispo de Roma ha aprobado a mediados de marzo.

El trabajo, guiado por el cardenal secretario general Mario Grech, se realizó con vistas a la elaboración del Documento de Apoyo a la fase de implementación, cuya publicación se espera para finales de mayo.

Durante el encuentro, los participantes felicitaron al cardenal Jean Marc Aveline por su reciente nombramiento como presidente de la Conferencia episcopal francesa y aprovecharon la ocasión para discutir sobre las actividades vinculadas al Jubileo de los equipos sinodales, previstas del 24 al 24 de octubre.

La próxima reunión del Consejo ordinario se desarrollará en la segunda mitad de mayo para discutir el borrador del Documento de apoyo.

Premio “Economía y Sociedad” de la Fundación Centesimus Annus al padre Benanti

Con el estudio “Human in the loop. Decisiones humanas e inteligencia artificial”, publicado en italiano por la Universidad Mondadori, el padre Paolo Benanti, franciscano de la Tercera Orden Regular, ganó la séptima edición del premio internacional “Economía y sociedad” promovido por la Fundación Centesimus Annus pro Pontifice. La iniciativa premia cada dos años ensayos accesibles al público en general que contribuyan al conocimiento y aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia. En el libro, el religioso reflexiona sobre cómo la inteligencia artificial permea la vida cotidiana y lanza el desafío de mantener el control en una era en la que la máquina

tiende a sustituir las decisiones humanas.

Profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana, presidente de la Comisión para el estudio del impacto de la inteligencia artificial en el periodismo y la edición, instituida por la Presidencia del Consejo de Ministros de Italia, el padre Benanti es un experto en ética, bioética y ética de la tecnología.

Informe ASIF: proceso mejorado de notificación de actividades sospechosas

Publicado el Informe Anual de la Autoridad de Supervisión e Inteligencia Financiera: procedimientos cada vez más eficaces y mayor atención al riesgo geográfico. El IOR se confirma como una institución sólida. Resultado positivo del seguimiento del Comité Moneyval del Consejo de Europa.

La Autoridad de Inteligencia y Supervisión Financiera (ASIF) prosigue sus actividades contribuyendo a la consolidación del sistema de prevención y lucha contra el blanqueo de capitales y la financiación del terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva (ADM/FT) de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano, como documenta el Informe Anual publicado hoy correspondiente al año 2024.

Informes de actividad sospechosos

Durante 2024, ASIF recibió 79 informes de actividad sospechosa (123 en 2023), de los cuales 73 procedían de la entidad supervisada (118 en 2023). A este respecto, sin embargo, una reducción de las cifras es una noticia que debe acogerse con satisfacción, ya que representa un aumento de la calidad y no una reducción de la atención por parte de las entidades informantes.



Como ilustra la ASIF en su Informe, es el resultado del progresivo perfeccionamiento del proceso de selección de los casos a informar, como muestran indicadores como el aumento de la cooperación nacional e internacional (65 comunicaciones, respectivamente, frente a 54 en 2023, y 44 intercambios, frente a 32 en 2023), la estabilidad del número de Informes transmitidos a la Oficina del Promotor de Justicia (11, como en 2023) y el aumento de las medidas preventivas adoptadas (2 suspensiones de transacciones y operaciones y 2 congelaciones de cuentas, fondos y otros recursos económicos; frente a una suspensión en 2023).

Una confirmación suplementaria del refuerzo del sistema CR/FT, que encuentra su punto nodal de origen precisamente en el proceso de notificación de actividades sospechosas, procede también de los resultados de la evaluación específica llevada a cabo a este respecto en la institución supervisada. En efecto, la ASIF señala «un compromiso adecuado», «un dispositivo organizativo y procedimental globalmente eficaz» y la rápida estructuración de un plan de acción sobre «ámbitos circunscritos de mejora». El seguimiento constante por parte de la autoridad supervisora

y la reanudación de las actividades de formación para la entidad supervisada (a partir de la sesión de formación celebrada los días 19 y 20 de diciembre de 2024) son otros elementos relevantes que respaldan el compromiso constante de la Autoridad con este objetivo.

Mayor atención al "riesgo geográfico"

El Informe Anual 2024 introduce una separación entre las comunicaciones por indicio de anomalía real (este año, entre otras cosas, se publican por primera vez los indicadores de anomalía más frecuentes) y las comunicaciones por indicio de anomalía motivadas únicamente por conexiones directas o indirectas con jurisdicciones de alto riesgo y jurisdicciones sujetas a vigilancia reforzada (36 de un total de 79). Se trata de una novedad significativa, que demuestra una especial atención al llamado «riesgo geográfico»: un elemento de crucial importancia para la eficacia del sistema RC/FT de una jurisdicción cuya única institución que desarrolla profesionalmente actividades de carácter financiero tiene como misión el servicio de la Iglesia en el mundo y, especialmente, en las zonas geográficas donde la necesidad de la presencia de la

Iglesia es mayor. Una vez más, sin embargo, ASIF confirma que no existen cuestiones críticas a este respecto: ninguno de estos informes dio lugar al envío de un Informe a la Oficina del Promotor de Justicia.

El IOR se confirma como una entidad sólida y bien organizada

A lo largo de 2024, ASIF llevó a cabo una verificación constante y sistemática de los perfiles relevantes para la gestión sana, prudente y sostenible del Istituto per le Opere di Religione (IOR). La atenta supervisión del cumplimiento de las normas prudenciales y de los límites operativos, así como el seguimiento de la evolución de la situación económico-financiera y de la liquidez, de la única institución autorizada a ejercer profesionalmente actividades de carácter financiero en la jurisdicción también se reforzó mediante el perfeccionamiento del denominado «Proceso de Revisión y Evaluación Prudencial» (SREP) y la introducción de la obligación de que el Instituto publique información sobre los riesgos medioambientales, sociales y de gobierno corporativo (reconociendo así la creciente importancia de los factores ASG). También se prestó especial atención al ámbito financiero. Los resultados de todas estas actividades permitieron al Dr. Carmelo Barbagallo, en la «Carta del Presidente» colocada como prefacio del Informe Anual, poder hacer referencia explícita a los «buenos resultados obtenidos por el IOR, que se confirma como una institución sólida y bien organizada».

Moneyval confirma las mejoras

El Informe Anual 2024 también recuerda el resultado positivo del seguimiento realizado por el Comité Moneyval del Consejo de Europa sobre el cumplimen-

to técnico -es decir, la conformidad del marco normativo de la jurisdicción con las normas del Grupo de Acción Financiera Internacional- de la jurisdicción. En particular, en el curso del proceso de Evaluación Mutua de la Quinta Ronda, se evaluaron los progresos realizados por la Santa Sede (incluido el Estado de la Ciudad del Vaticano) tras el Informe de Evaluación Mutua de abril de 2021.

En la 67ª Sesión Plenaria del Comité Moneyval, celebrada en mayo de 2024, se decidió mejorar las tres recomendaciones cuya reevaluación se había solicitado (es decir, la Recomendación 13, sobre corresponsalía bancaria; la Recomendación 16, sobre transferencia de fondos; la Recomendación 24, sobre transparencia y titularidad real de las personas jurídicas). En la actualidad, por lo tanto, la jurisdicción ha alcanzado una calificación de cumplimiento pleno o alto en 35 de las 39 recomendaciones aplicables.

La «Carta del Presidente»

“La lectura de este Informe Anual”, escribe el Presidente Barbagallo introduciendo el Informe, “reafirma, con la fuerza de las cifras y la concreción de los argumentos, que la Autoridad de Inteligencia y Supervisión Financiera ha logrado mantener, durante 2024, un alto nivel en su acción de prevención y lucha contra el blanqueo de capitales y la financiación del terrorismo y en su actividad de Supervisión sobre el IOR. La calidad de las relaciones y las diversas formas de cooperación con las Autoridades, nacionales e internacionales, así como los buenos resultados alcanzados por el IOR, así lo atestiguan”. “Entre las actividades llevadas a cabo por la Autoridad”, escribe Barbagallo, “me gustaría destacar la relevancia de dos de ellas: por un lado, la capacidad de

ayudar a identificar -a efectos de su posterior recuperación- el camino del dinero procedente de delitos; y por otro, la contribución ofrecida a las Autoridades vaticanas y a las personas jurídicas en la prevención de posibles blanqueos de dinero y de la utilización de dinero procedente de delitos”.

El Papa se reúne en privado con el rey Carlos III y la reina Camila

El Papa Francisco se reunió privadamente con sus majestades el rey Carlos III y la reina Camila de Reino Unido y Gran Bretaña e Irlanda del Norte, en la tarde del miércoles 9 de abril, en Casa Santa Marta. Lo anunció la oficina de prensa de la Santa Sede, informando de que «durante el coloquio, el Papa tuvo ocasión de felicitar a sus majestades con ocasión del aniversario de su matrimonio y deseó a su vez a su majestad una pronta recuperación de su salud».

Telegrama firmado por el cardenal secretario de Estado Parolin

El pésame y la oración del Papa por las víctimas del derrumbe de la discoteca en Santo Domingo

El Papa Francisco se manifestó apenado por la noticia del «trágico derrumbe» que tuvo lugar en una discoteca de Santo Domingo, el Jet Set, que provocó más de 200 fallecidos, según el balance del Centro operativo de emergencia.

En un telegrama firmado por el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, dirigido en nombre del Papa a monseñor Francisco Ozoria Acosta, arzobispo

de Santo Domingo, Francisco «ofrece sufragios por el eterno descanso de los difuntos», a cuyos familiares envía «su sentido pésame» y «expresiones de consuelo». El Pontífice desea «pronto restablecimiento de los heridos». Asimismo, anima los esfuerzos de ayuda y de acompañamiento. Sobre todos, el Papa Francisco invoca la intercesión de la Beata Virgen María, consuelo de los afligidos, como «signo de esperanza».

El derrumbe del techo del famoso local tuvo lugar la noche del martes 8 de abril, mientras tenía lugar una actuación musical. Entre las víctimas se encontraban varios jóvenes. También la Conferencia Episcopal dominicana (Ced) expresó su solidaridad y se unió a la oración por los difuntos. El presidente de la República Dominicana, Luis Abinader, declaró el luto nacional los días 8, 9 y 10 de abril.

Bendecida en el Vaticano una estatua de María Rosa Mística

Una estatua de María Rosa Mística está presente en el Vaticano: la bendijo el día 14 de abril, el cardenal Víctor Manuel Fernández, prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la fe (Ddf). La imagen, donada por el Papa Francisco, ha sido colocada en un edículo sagrado junto a la Florería, cerca del Largo della Fontana Sacramento. Entre otros estaban presentes los dos secretarios del Ddf, el arzobispo John Joseph Kennedy y monseñor Armando Matteo, y el arzobispo Emilio Nappa, secretario general de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano. Se remonta al pasado mes de julio la decisión del Ddf, en la base de las nuevas normas relativas a los presuntos fenómenos sobrenaturales, de conceder el “nulla osta” y por tanto autorizar también al culto público de la devoción ma-

riana vinculada a los mensajes recibidos entre 1947 y 1996 por la vidente Pierina Gilli. Una luz verde que también da la posibilidad de dedicar iglesias y lugares sagrados a una devoción específica con la imagen correspondiente.

En los hechos relacionados con esta experiencia espiritual, se leía en la carta del cardenal Fernández del pasado mes de julio, no se encuentran «aspectos morales negativos ni otras cuestiones críticas. Más bien, se pueden encontrar varios aspectos positivos». Las apariciones de María “Rosa Mística” y “Madre de la Iglesia” están vinculadas a la localidad de Fontanelle, al sur de Montichiari, en la provincia de Brescia.

Nueva obra del artista
canadiense Timothy Schmalz

En la columnata de San Pedro una escultura que invita a la acogida

A lo largo de la escalinata interior de la Columnata de la Plaza de San Pedro, cerca de las Duchas para los Pobres y del Ambulatorio Madre de la Misericordia, realidades deseadas por el Papa Francisco para las personas más frágiles, se colocó el pasado día 15 de abril una escultura creada por el artista canadiense Timothy Paul Schmalz.

Se titula *Be Welcoming* («Sed acogedores») y representa una interpretación visual de un versículo de la Carta a los Hebreos: «No olvidéis la hospitalidad; algunos, practicándola, sin saberlo han acogido ángeles» (Heb 13,2). Lo dio a conocer un comunicado del limosnero de su santidad, el cardenal Konrad Krajewski, subrayando que la estatua hace viva la Sagrada Escritura a través del arte, permitiendo a las personas tener una experiencia física con la misma.

El extranjero, que parece vivir como un sintecho, con los propios bienes guardados en una bolsa y un bastón que hace pensar en un largo viaje, invita a sentarse junto a él. Y se observa al otro lado de la escultura el extranjero que se transforma en un ángel: la aspereza de su ropa se vuelve suave, la bolsa que lleva se transforma en alas y la capucha da paso a una melena de pelo. El propósito de la obra recuerda el mensaje contenido en las Escrituras: todos. El objetivo de esta obra recuerda el mensaje contenido en las Escrituras: todos son enviados a abrir los corazones porque solo entonces se tendrá la posibilidad de ver a los otros como realmente son, personas con su humanidad. Con tal fin el Papa Francisco, durante una audiencia el 13 de noviembre de 2024, recordó que «tocar a un pobre, cuidar de un pobre, es un 'sacramental' en la Iglesia».

Acompañando a las personas sin techo, de hecho, se da «rostro concreto al Evangelio del amor. Ofreciéndoles cobijo, una comida, una sonrisa, tendiendo sus manos sin miedo a ensuciarlas» se devuelve «la dignidad» y esto toca «el corazón de nuestro mundo a menudo indiferente». Schmalz como es sabido ha realizado también la obra en bronce *Angels Unaware* («Ángeles inconscientes»), que representa a un grupo de 140 migrantes que está colocada en la plaza de San Pedro. Fue inaugurada por el Pontífice el 29 de septiembre de 2019, con ocasión de la 105ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado. También a este artista se debe el Jesús sintecho, tumbado sobre un banco y envuelto por una ligera manta, que se encuentra en la plaza frente a las oficinas de la Limosnería apostólica. La estatua fue colocada en marzo de 2016, durante el Jubileo Extraordinario de la Misericordia.

